

768

El Emperador

Carlos V



Tesis que presenta para su examen
profesional la Srta.

DOCTORA EN HISTORIA

Carolina Prieto Rubio

1914



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Al V. Jurado.

Pablo Martínez del Río

Rafael Sánchez de Ocaña

Heliodoro Valle

Luis Martínez

José María Carreño

A la memoria de mi querida madre.

A mi querido padre con todo respeto y cariño.

A mis hermanos carifiosamente.

A mis maestros respetuosamente.

Prólogo

El presente trabajo trata de la vida del emperador, cuyos dominios se extendieron hasta el Nuevo Mundo.

Este personaje, de origen flamenco, recibió la educación impartida de la Casa de Borgoña; heredero del trono español por parte de su madre "Juana la Loca"; pero aunque los españoles no deseaban ser gobernados por un soberano extranjero, fué proclamado, a pesar de todo, rey de los iberos.

Tiempo más tarde tuvo que salir de España para tomar la corona que le pertenecía como emperador de Alemania, y fué entonces, cuando el pueblo se sintió ofendido y se amotinó, entablándose las luchas de las comunidades, resultando como consecuencia la formación de dos bandos: comuneros e imperiales. Unos ayudando a la causa imperial y otros a la popular.

Durante el reinado de Carlos I de España, se libraron muchas guerras con Francia, Italia y con Turquía, guerras que trajeron como consecuencia el empobrecimiento de España. Las cortes negábanse a recaudar dinero en favor del soberano; sin embargo, España, por aquella época llegó a ser la Señora del Mundo, protegida principalmente por el papado gran amigo y aliado en algunas ocasiones de Carlos, y en otras de Francisco I rey de Francia que solo trataban de perturbar la paz en Europa por su enemistad.

Carlos llegó a tener prisionero a su encarnizado adversario, negociando su libertad mediante un tratado que no fué cumplido por el monarca francés.

Las luchas contra los turcos fueron reñidas, especialmente con el corsario Barba Roja, que fué el que más estragos hizo en el reino de Carlos, y que lo combatieron en forma valiente el marino genovés Andrea Doria y el marqués de Vasto.

En la época de este hombre aparece en Alemania una nueva religión encabezada por un clérigo llamado Martín Lutero, el cual mantuvo controversias con el Papa, y aún con el propio emperador. Martín sostuvo una tesis contraria a la católica, pidiéndole el Papa se retractara de sus ideas; pero Lutero se negó acogiéndose a su protector el Elector de Sajonia.

La iglesia se hallaba muy relajada, y aunque ya se habían efectuado dos concilios uno en Constanza y otro en Basilea, tuvo que verificarse un tercero que fué el de Trento.

Necesitaba la iglesia una reforma inmediata, tanto en su organización como de sus miembros, más por aquel entonces, se hablaba de un hombre que había sido soldado y que se ponderaban sus virtudes. Era nada menos que Ignacio de Loyola, formador de un ejército en la milicia de Dios. Esta secta se formó con muchos trabajos, pero al fin triunfó su causa educando a las juventudes y extendiéndose paulatinamente por todo el mundo su docta enseñanza con el nombre de Jesuitas.

Carlos, cansado ya de tantas guerras y sintiéndose enfermo, decidió abdicar en favor de su hijo Felipe, en tanto que él se retiraba al convento de Yuste, donde pensó pasaría el resto de sus días alejado de toda política que lo inquietara; pero hasta ahí llegaban individuos angustiados que se habían quedado con el imperio en busca de un buen consejo.

Al fin, después de haber celebrado sus propios funerales con gran solemnidad y pompa, falleció en el Yuste a la edad de cincuenta y ocho años, después de haber gobernado por espacio de medio siglo su vasto imperio.

Sumario

- I. Antecedentes de Carlos V. Ceremonia para tomar posesión de su herencia.
- II. Muerte del Emperador Maximiliano. Estado de España. Llegada del soberano a la Península.
- III. Los comuneros y sus consecuencias.
- IV. Las germanías. Perdón del emperador. Sucesos internos de España.
- V. Guerras con Francia. Sitio de Pavía. El rey francés en Madrid.
- VI. Guerras de Italia. Tratado de Cambray. Paz de las Damas.
- VII. Sucesos internos de España. Las cortes. Carlos en Italia. Guerra con los turcos.
- VIII. Príncipes y cortes. Castilla y Aragón. El emperador en Francia. Nuevas guerras con Francisco I. Situación económica del reino.
- IX. Triunfo del emperador. Carlos V y Enrique II de Francia. Papel que Carlos desempeñaba en la religión. Abdicación de Carlos V.
- X. Carlos en el Yuste. Idea que tuvo de su reinado.

Bibliografía

- Altamira Rafael, Historia de España.
Ballesteros Antonio, Historia de España. Tomo IV primera parte.
Bareta y Bareta Antonio, Historia de España.
Beltrán Luis, Historia de España.
Crónica Imperial de Carlos V.
Carvajal Mármol, Historia de España.
Caballero, Historia de España.
De los Ríos Fernando, Religión y Estado de España en el siglo XVI.
La fuente Modesto, Historia de España.
Merrimán, C. B., Carlos el Emperador.
Mariana Juan, Historia de España.
Manoyta, Historia de España.
Meléndez Pidal, La Idea Imperial de Carlos V.
Ibarra Eduardo, Historia de España.
Izquierdo y Groselles, Historia General.
Ludwig. Cultura y Conducta del Pueblo Español en el siglo XVI y XVII.
Ortega Rubio, Historia de España.
Pérez Cristóbal, Historia de España.
Pirene, Historia de Europa en el Siglo XVI.
Wyndham Lewis D. B., Carlos de Europa.
Apuntes del maestro Virgilio Domínguez.

I.—ANTECEDENTES DE CARLOS V.—CEREMONIA PARA TOMAR POSESION DE SU HERENCIA.

El primer período de la Edad Moderna en España, se inicia con Carlos I, personaje nacido en Gante el 24 de febrero del año de 1500, del matrimonio de Juana "la loca" y de Felipe "el hermoso".

Carlos era un hombre de regular estatura, robusto, de cabello rojo, de barba rala y desordenada, frente espaciosa y de mirada penetrante. Le afeaba la conformación del labio inferior que era grueso y caído, y, cerrada la boca, no podía juntar los dientes que eran escasos y mal formados (x).

El príncipe Carlos de Borgoña, allábase en Flandes cuando murió su abuelo materno Fernando (Fernando) "el católico", el cual le mostraba cierta hostilidad a su nieto. No quería desheredarlo por completo, pero sí, retrasar su entrada al reino español. Para llevar a efecto su propósito, pensó en su nieto Fernando que vivía en España. Y anhelaba que mientras el príncipe no reclamara su herencia, podía ser sucedido en el poder por su hermano, haciéndose en esta forma una substitución permanente.

En su propósito le ayudaban los mismos españoles que miraban en el príncipe Fernando, al verdadero sucesor del monarca, ya que a Carlos lo consideraban como extranjero.

El almirante Fadrique Enríquez, afirmaría más tarde ante la junta de Tordecillas, que el rey Fernando antes de morir, había nombrado sucesor a su nieto, sin hacer referencia a los derechos de su nieto Carlos.

Posteriormente el monarca español, en un nuevo testamento que hizo, nombró como heredero a Carlos de Borgoña, y como regente, al cardenal Gonzalo Jiménez de Cisneros de Castilla, dejando los reinos de la corona de Aragón a su hijo natural el arzobispo de Zaragoza. A su hijo el infante Fernando legósele varios lugares del reino de Nápoles y una renta anual de 50,000 ducados.

Después de la muerte del abuelo, se hizo lo imposible por borrar del pueblo español, la pésima impresión que él había dejado acerca de su nieto, mandando a Adriano de Utrech —amigo y tutor de Carlos— a defenderlo en la Corte de España. Este era un hombre práctico y paciente; veía desde todos los puntos de vista antes de adoptar una determinación. El fué quien aconsejó a Fernando, que no le mostrara ninguna hostilidad a su hermano; sino que lo invitara a que viniera al país acompañado de su séquito, como le correspondía a un príncipe, que había de ser reconocido como monarca en todos los dominios españoles.

Pero los españoles no se conformaban con la idea de que un extranjero viniera a gobernar su país, ya que no necesitaban la intervención de otros para resolver sus propios problemas.

(x) Historia de España, por Ortega Rubio.

El príncipe Carlos, era para ellos un extraño, porque había permanecido en Holanda desde su nacimiento, y para ellos, el indicado no era sino el infante don Fernando, porque éste si había nacido en España; conocía el idioma y las costumbres de su pueblo, en tanto que el príncipe Carlos se había educado bajo la tutela de su tía Margarita y de su ministro Chievres, quienes le enseñaron los deberes dogmáticos como jefe futuro de la Casa de Austria.

El joven príncipe, antes de tomar posesión de sus dominios, se hallaba en el convento de Abrojo, esperando hacer su viaje a Valladolid, entrando en esta ciudad el 18 de noviembre de 1517, donde fué recibido por su hermano Fernando; el condestable de Alba; el marqués de Villena; el conde de Benavente y otros muchos nobles más.

Después de que el obispo de Badajoz, pronunció un discurso acerca de la vida y antecedentes del joven rey, y de sus relaciones con otros estados, los procuradores se acercaron al monarca para presentarle la fórmula del juramento. Carlos juró ante ellos explícitamente guardar y mantener los fueros, usos y libertades de Castilla. Entre otras cosas, se le hizo jurar también, de que no daría empleos a los extranjeros; pero no se sabe si exactamente lo hizo, pues sólomente dijo: "Juro". (x)

Carlos fué proclamado rey de España a condición de que gobernara juntamente con su madre. Pero como se sabe, ésta se hallaba perturbada de la razón, aunque los españoles confiaban en que sanaría, y si así sucedía, entonces el príncipe le ayudaría a gobernar.

II.—MUERTE DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.— ESTADO DE ESPAÑA.—LLEGADA DEL SOBERANO A LA PENINSULA.

En tanto en Alemania dejaba de existir su abuelo Maximiliano, rey de romanos y emperador de Alemania, dejando vacante el trono, este hecho tuvo importancia especial, por la natural significación del jefe del imperio, y principalmente por los pretendientes a la sucesión. Maximiliano tuvo la intención de nombrar sucesor a su nieto Fernando de España, con preferencia a su hermano Carlos, en atención a sus vastos y ricos dominios que éste ya poseía; pero aconsejado por los príncipes enemigos de los franceses, y con el deseo de engrandecer la Casa de Austria, se decidió por fin, en favor de Carlos, aunque no pudo por entonces hacerse efectivo el nombramiento. Muerto el emperador, Carlos se consideraba con cierto derecho a la herencia de su abuelo.

Contando con la ayuda de los electores, empleó toda clase de artificios para alcanzar la corona imperial; pero tuvo un poderoso competidor en Francisco I de Francia, quien con menos títulos, pero con verdadera energía y valor, pretendía para sí el trono. Por medio de sagaces emisarios, procuraba persuadir a los príncipes alemanes, diciéndoles: "Ya es tiempo de probar que la corona del emperador, no es hereditario, y que no debe ser entregada a un soberano tan poderoso y tan inexperto como lo es el monarca español. A esto sería crearle un poder desmedido y peligroso, tanto más que la constitución del imperio excluye a todo príncipe que posee el reino de Nápoles."

Los suizos favorecieron con su voto a España porque temían a los franceses; en cambio Venecia, se inclinaba en favor de Francia por celos de la Casa de Austria. En esto había intervenido Enrique VIII de Inglaterra, quien se había sentido desairado; pero después de algunas pláticas decidió apartarse y ser neutral.

Se abrió la dieta de Francfort el 17 de junio de 1519, y reunidos los siete electores, no obstante la intriga de los rivales, se acordó otorgar la corona a Federico, duque de Sajonia, a quien llamaban el "prudente"; pero cuando le fué notificada su elección, rehusó el título y declaró que votaba por Carlos V, rey de España, porque pensaba que además de ser él heredero de esos Estados podía rechazar a los turcos, cuya osadía tenía alarmados a las potencias cristianas.

Cuando el conde Palatino, duque de Baviera, le notificó lo que se había acordado, Carlos pensó entonces ausentarse de España para ir a tomar la corona de emperador. Pero el pueblo, al enterarse de lo ocurrido, hizo que creciera su enorme descontento; que degeneró con motines y tumultos; pero a pesar de todo el monarca salió para Alemania.

Varios consejeros de Toledo y Salamanca lo entrevistaron para hacerle desistir del viaje alcanzándolo en Villalpando, donde después de oírlos no les pudo dar una contestación categórica; sino hasta llegar a Benarcorta, cuya respuesta ofendió y mortificó el sentimiento castellano.

Carlos no tenía afecto para sus súbditos debido a la conducta de éstos que era muy desagradable y que además, odiaban el reinado de Fernando el Católico por ser este de origen aragonés.

Los españoles que se hallaban en Gante, eran en su mayor parte nacionalistas, y tenían como jefe a Juan Manuel que había sido miembro en los consejos, y estaba estrechamente asociado al Obispo de Badajoz y Pedro Ruíz de Mata, sucesor de aquella sede. No perdieron el tiempo, sino por el contrario, trataban de envenenar el ánimo del joven príncipe en contra de su abuelo. Como los hispanos que se hallaban al servicio del rey, siempre estaban tramando intrigas en contra suya, el abuelo resolvió poner las cosas en claro, y como personalmente no había de ir a la corte de Maximiliano, mandó una embajada para defender su punto de vista. Los partidarios recurrieron a todos los medios posibles para ganar la causa; hubo controversias en el Consejo de Carlos, logrando por un momento persuadir a Maximiliano que recluyera a Juan Manuel a prisión, por considerársele enemigo peligroso para el imperio y para el reinado. Todo esto influyó en el joven monarca por no encontrar explicación en estas pugnas, ya que él era amante de la calma, y le gustaba que todas las cosas estuvieran claramente explicadas.

Con la muerte del archiduque Maximiliano disminuyó la aversión de éstos. Cesaron las luchas entre los españoles y borgonenses. El príncipe hizo lo posible porque se llevaran cordialmente, pues ya se le consideraba en Europa como rey de España.

Para lograr sus propósitos, lo primero que hizo fué mandar a los principales, como Pedro de Urrea, a Roma; a Juan Manuel, de embajador al Vaticano; estos puestos fueron ocupados por Pedro Ruíz de la Mota, ya Obispo de Badajoz, y por Pedro Quintana, llamado especialmente de España por Carlos, con lo que se ve claramente la buena intención del soberano para reconciliar a los dos reinos.

Juntamente con su madre se proclamó rey católico el 14 de marzo de 1516, en Bruselas, en la catedral de Santa Gudula. En ese mismo año se acordó alargar el Toisón de oro, en vista del incremento y poderoso prestigio de la Casa de Borgoña, y al mismo tiempo, redervó diez plazas para los españoles distinguidos.

Los holandeses consideraban cuestión de honor que su príncipe lograra el reino de España, y pensaron que uniéndose todos bajo un sólo gobernante hubiera sido un enorme éxito. Con la muerte del rey se arregló este problema que se había presentado en Bruselas.

Era urgente que el príncipe volviera a España, pues nada se podía decidir hasta en tanto que él llegara. Existían asuntos de urgencia política que tenían que resolverse. Lo más necesario era estar de acuerdo con Francia, pues de otro modo no sería fácil la empresa de España, y esto solamente se haría haciendo un tratado que fué cuando se firmó el de Noyón, y que está redactado en la forma siguiente: (1)

(1)—Historia de España, de Modesto la Fuente.

El 15 de agosto de 1516, en que se concertaba el matrimonio de Luisa hija de Francisco I, con el rey Carlos, si por alguna circunstancia muriese éste, entonces se casaría con el Infante Fernando; pero en cambio si ella moría entonces Carlos se casaría con Renata hermana de Luisa". Así se resolverían todos los asuntos y se sellaba la reconciliación entre los reyes de España y Francia.

Los españoles viendo que su rey no regresaba, resolvieron ir en su busca. Con tal motivo, para junio del año siguiente ya se hallaban veinticinco comendadores de la Orden de Santiago, cantidad suficiente para poder celebrar una reunión capitular y formal. Era indudable que la mayoría de los hombres que había ido ahí, era por interés propio, pero al mismo tiempo era para que el joven príncipe supiera a que atenerse.

Mientras tanto, España estaba siendo gobernada por Gonzalo Jiménez; pero el pueblo se mostraba descontento y empezó a sublevarse agravándose más la situación.

Cuando se supo que el Infante Fernando saldría para tomar su puesto a los Países Bajos, había gran rebeldía en el pueblo, y sólo se esperaba la llegada de su hermano al país; pero viendo que era imposible que la tranquilidad reinara, recurrieron a medios que los reyes católicos ya habían aplicado, como el de dictar un decreto que decía: "cada ciudadano debe tomar parte de un ejército, este será sostenido en tiempo de paz por la ciudad, y en tiempo de guerra por el gobierno, debiendo estar siempre al servicio de la corona" (1).

Hubo muchas protestas porque los nobles veían en esto una amenaza para su independencia, y expresaron su descontento en voz alta. También las ciudades protestaron, debido a que el gasto que implicaba el proyecto lesionaba sus privilegios municipales.

En algunos sitios se manifestó la hostilidad en forma latente; en otros, hubo muchas revueltas, y se llamaba al joven rey en acto de presencia.

El regente mandó oficiales para la organización de los ejércitos, pero en Salamanca y Valladolid los resistió, y esto ocasionó que fracasaran sus planes.

El rey Carlos prometió que si la paz se restablecía, él ordenaría la suspensión de castigos, pero el aviso llegó demasiado tarde, porque ya se habían levantado en armas y venían a unirse en Burgos, que también resistió.

El cardenal Jiménez, se ocupaba de llevar la tranquilidad en el reino, y también cuidaba de la autoridad de la corona que no sufriera menoscabo. Se distinguió en algunos hechos de armas, entre ellos refiérese el de la expedición de Albert, que quería ocupar Navarra, que fué derrotado por Cristóbal Villalba.

Otra de las campañas de Jiménez, fué la de Oran en 1509 en que tomó la ciudad. También hubo otra contra Argel, en la que se dijo que había fracasado porque se le vió muy abatido.

Pidió ayuda a los cristianos, contra su poderoso enemigo, el corsario Barba Roja, que había asesinado sin piedad a los gobernantes posesionándose de sus

bienes. Se decía que él, había alentado a los turcos; pero lo cierto era que las guarniciones del Peñón de Argel, se encontraban constantemente acosadas por barberiscos, que tenían custodiada el agua en tierra firme y les hacían sufrir hambre y sed. Se formó un ejército en Cartagena que llevaba 35 barcos y 5,000 hombres. Pero esta expedición fracasó, debido a que Diego de Vera, no tuvo táctica para el ataque e hizo la campaña sin previo reconocimiento del terreno. Si sus tropas no fueron completamente destrozadas, fué porque desde el Peñón les ayudaron con sus cañones.

Otra parte del imperio Español era Sicilia, gobernada por el virrey Hugo de Moncada, nombrado por el rey Católico en 1509, la cual no se hallaba sometida al Cardenal Jimenéz; sino solamente al virrey que no era bien visto por ser un tirano.

El pueblo creía que una vez que falleciera el rey, este estado de cosas cambiaría, pero a raíz de que el monarca murió, el virrey Moncada no dió la noticia. Pronto lo supo el pueblo que se sublevó y persiguió a todos los protegidos de la corona. No hubo autoridad que los pudiera someter y nombraron a un burgués de Palermo llamado Juan Lucas de Squarcialupo, cuyas aspiraciones iban más allá de reparar agravios, ya que su propósito era fundar una República independiente.

Los nobles habían apoyado el movimiento porque creyeron que ellos serían los amos de Sicilia, pero muy pronto se dieron cuenta de que luchaban por la hegemonía, y la lucha se convirtió en rivalidad de clases. Los nobles le tendieron un lazo a Squarcialupo en la iglesia de la Ascención, en Palermo.

Los plebeyos al perder a su jefe, abandonaron todo interés y cuando llegó el ejército a someterlos, éstos ya habían abandonado toda actitud.

Se nombró virrey a Mantaleoné, que hizo algunas concesiones, pero en realidad la que ganó fué la aristocracia. Todo lo anterior causó honda impresión en el ánimo del joven monarca, y este fué el punto de partida de las dificultades que tuvo el gobierno del lejano imperio. También se dió cuenta de lo que podía ser una aristocracia bien manejada.

El 9 de septiembre de 1517 Carlos embarcó en la Florida, rumbo a España. Iba acompañado de unas quinientas personas, entre las que figuraban su hermana Leonor y su consejero Chievres; un gran número de magnates flamencos; el obispo castellano, Pedro Ruiz de la Mota y Sir Thomas Spinelly, que era el enviado de Enrique VIII. El viaje se hizo con el lujo de la corte borgoñesa, y para que el barco fuera reconocido durante su travesía, se dispuso que llevara en el mástil principal, dos estandartes cuadrados, y dibujadas en sus velas pinturas sagradas. En la vela mayor, aparecía la figura de Cristo crucificado; la Virgen María, y San Juan Evangelista. Toda esta escena enmarcada por las columnas de Hércules que aparecen en el escudo real, junto con la Divina Escritura. En la vela Favia, estaba decorada por una representación de la Santísima Trinidad y San Nicolás. En el trinquete, una pintura del Niño Jesús con la Virgen pisando la luna, rodeada por los rayos del sol y una corona

de siete estrellas, y sobre su cabeza, una imagen de Santiago, señor y patrón de Castilla; en el fondo destacaba una pintura de San Cristóbal. (1).

Se había proyectado desembarcar en Vizcaya, pero cuando avistaron las costas españolas tuvieron una gran contrariedad, por que en lugar de llegar al punto proyectado, arribaron a Villaviviosa, pequeña provincia asturiana. Allí no había ningún preparativo de recepción y los habitantes al ver la embarcación creyeron que se trataba de una fragata de piratas y despavoridos huyeron a las montañas.

Los de la embarcación gritaban que el que llegaba era el rey, pero los asturianos temerosos no prestaron oídos, algunos se escondieron entre los matorrales y pudieron reconocer las armas de Castilla. Llamaron entonces a sus compañeros diciéndoles que el que había llegado era el monarca. Todos trataban de borrar la mala impresión, pero fué inútil, pues los hombres carecían de buenos modales, aunque las mujeres eran mejores en este sentido, no sabían la manera de cómo tratar a la gente de nobleza; además, el hecho se explica debido al modo cómo vestían, pues caminaban descalzos, usaban pelo largo y sin peinar.

Se trató de buscar alojamiento, pero como la ciudad carecía de comunidad, la comitiva tuvo que dormir sobre montones de paja, y además de condimentarse sus propios alimentos.

Al día siguiente se organizó una corrida de toros en honor del rey; pero a pesar de ésto, no se consiguió borrar la mala impresión que habían dejado.

Carlos salió de allí lo más breve posible. Se dirigió a Tordecillas, con la intención de visitar a su madre, pero no se pudo conseguir un carruaje adecuado, y toda la comitiva que venía con él caminó de la manera más incómoda. Los hombres iban a pie, y las mujeres en carretas tiradas por bueves. (1)

Llegó Carlos a Tordecillas y no quiso que nadie presenciara la entrevista con su madre, pero, se sabe que su consejero Chievres entró a la cámara de la reina, y que dejó caer en los oídos de la soberana las prendas inapreciables de su hijo, y que ella se retirara dado su estado físico en que se encontraba. Es indicado.

En realidad lo que se trataba era que la reina cediera todos sus derechos a su hijo, y que ella se retirara dado su estado físico en que se encontraba. Estando Carlos en Tordecillas, supo que había muerto el Cardenal Jiménez, a quien le debía la entrega de su herencia española, pues de no haber sido por aquel hombre, mucho trabajo le hubiera costado conseguirlo. Pero, sin embarbo, él nunca llegó a tener la entrevista que tanto anheló, va que su consejero Chievres, nunca dió ocasión para ello. De haberse entrevistado Carlos con él, posiblemente se hubieran evitado los grandes errores ocurridos durante los meses siguientes.

«1»—Historia de España, de Modesto la Fuente.

(1)—Historia de España, por Merriman.

En 1518, en Valladolid, se reunieron las cortes castellanas para prestar juramento de fidelidad al nuevo gobernante como soberano legal.

En los primeros años del reinado de Carlos, los flamencos se dedicaron a saquear la zona de España; tenían los principales puestos; estaban pagados con grandes sueldos. Se adueñaron de la comarca empezando la desolación y cayendo en la miseria.

Con estos antecedentes, Carlos volvió a salir de España para tomar la corona de emperador, dejando el gobierno en las manos de Adriano de Utrech. Con esta salida su impopularidad fué mayor de la que tenía cuando llegó.

III.—LOS COMUNEROS Y SUS CONSECUENCIAS.

Después de la salida de Carlos de España, la rebelión brotó con fuerza, debiéndose a diferentes causas. (1). Entre ellas, porque el rey abandonaba el trono para ir a recibir la corona de emperador; por las grandes sumas de oro que eran sacadas de España; por haber nombrado a Chievres como tesorero; por haber nombrado obispo a Guillermo de Croy; por la concesión de plazas y nombramientos de Caballeros de la Orden Militar a personas extranjeras; y, por otras muchas causas.

En Castilla existían las llamadas hermandades que solían formarse para protegerse de las invasiones de la corona, de la opresión de los nobles y para conservar sus libertades, fueros y costumbres.

Se les dió el nombre de comunidades a los pueblos que se levantaron en armas para vengarse de los agravios que les hicieron los extranjeros, y se les llamó, comuneros a todos los que eran defendidos por la causa popular.

Cuando el regente Adriano de Utrech, supo que se habían levantado en armas, procedió a reunir a la Junta de Avila. Se discutió lo que debería hacerse para detener el levantamiento, y se llegó a la conclusión de enviar un ejército y tratar a los levantados con rudeza. Al frente de esta tropa se puso a Ronquillo.

La primera en rebelarse fué Segovia, quien solicitó ayuda a otras comunas. Juan Bravo prestó su ayuda e hizo levantar en mitad de la plaza una horca para colgarlo. Después, se apresuró a la defensa de Santa María Nieve, logrando algunas veces penetrar hasta Lameran, donde permaneció esperando la llegada de Juan de Padilla, que venía de Toledo con 2,000 infantes y 400 peones. Este hecho alentó a los de Segovia.

Estos acometieron a los caudillos que tenía el alcalde Ronquillo, que escapó y se fué a Arévalo, su patria. El peligro de Segovia, y la elección de este último, que era aborrecido de todos, ocasionó que se levantaran en armas otras ciudades. Y a pesar de que los nobles vencieron en León, de ahí se expulsó a la familia de los Guzmanes, con el conde de Lemus, uno de los procuradores de las cortes de Galicia. Por otra parte en Murcia, se originó el descontento con el asesinato del corregidor y de algunos oficiales.

Los hombres nombrados para combatir a los alzados, obraban con tan poca prudencia, que hacían que aumentara el encono de los comuneros.

Viendo el regente que no podía hacer nada pidió a Medina del Campo, la artillería que tenía guardada; pero los medinenses, sabiendo el uso que se iba hacer de ella, llevaron las armas a la plaza y las desmantelaron.

Ante esto, el corregidor mandó a Alfonso Fonseca, junto con Ronquillo para que por la fuerza capturaran la artillería, pero los de Medina, no dispuestos a ceder ocuparon las principales calles, y mandaron decir a las tropas reales, que si querían las armas, tenían que pasar sobre sus cadáveres para

tomarlas. Las tropas reales al saber la decisión tomada por los habitantes, arrojaron sobre la ciudad balas llamadas alcancías, llenas de alquitrán encendido, provocando así incendios y destrucción.

Medina era una ciudad rica, porque recibía mercancías de España y del extranjero. Se le llamaba la sede del comercio y por lo tanto la mayoría de sus habitantes eran comerciantes. El incendio provocado por las fuerzas reales, había acabado con la riqueza más grande del país.

Los medinenses escribieron una carta a Valladolid en la que hablaban de la crueldad de Fonseca, manifestando en ella, el desastre y las pérdidas incalculables que había sufrido. Pero a pesar de ésto, tenía la satisfacción de que las tropas reales no habían conseguido ni una sola pieza de artillería. Cuando se supo esta noticia en Segovia, mandaron una carta lamentando lo sucedido y prometiendo vengarse.

Ronquillo y Fonseca salieron para Portugal, en donde embarcaron con rumbo a Flandes, para decir al emperador que habían fracasado en el intento de someter a los comuneros. Adriano, para justificarse, manifestó que él no había ordenado el incendio, ni tampoco licenciado las tropas de Fonseca.

El fuego de la insurrección se transmitió hasta los pueblecitos de Extremadura, Andalucía, Cáceres, Caen y Baeza, aunque estas fueron guerras de familia.

Todas las provincias sublevadas celebraron un consejo, y para reunirse, designaron la ciudad de Avila, dándole el nombre de Junta Santa de la Congregación.

En esta asamblea asistieron representantes o procuradores de diferentes clases nobles, como: Ulloa; los Fajardo, etc., priores de diferentes órdenes, artesanos, plebeyos. Se nombró como presidente a don Pedro Lazo de la Vega, natural de Toledo, y a Juan Padilla, jefe de las tropas de las comunidades. Durante la junta se aprobó el siguiente programa, el que transcribo textualmente: "—La felicidad de nuestro rey y Señor, la paz del reino, el patrimonio real, vengar los agravios hechos a los naturales, castigar los desafueros que han hecho los extranjeros, evitar la tiranía, que han intentado los nuestros. Evitar las imposiciones y cargos intolerables que ha sufrido el reino". Considerando que para destruir estos siete pecados de España, se debían buscar siete remedios. Acordóse que la Santa Junta gobernara al país durante la ausencia del rey, y no un extranjero como lo era Adriano de Utrech.

Tratando de remediar las cosas visitaron a la reina Juana en su retiro de Tordecillas. Querían que ella les ayudara, según le expusieron Bravo y Padilla. Los comuneros tuvieron suerte, porque en aquellos días Juana "La Loca", se hallaba con destellos de lucidez, prometiendo que les ayudaría en todo lo que se les ofreciera, pues no quería que sus súbditos sufrieran. Así Padilla, consiguió el nombramiento de capitán general, y el permiso de trasladar la Santa Junta a Tordecillas.

Una vez que Padilla dejó todo arreglado en Tordecillas pasó a Valla-

dolid, donde fué recibido con triunfo, pero Padilla cometió el error de haber trasladado la Junta a Tordecillas, ya que ese lugar era el menos a propósito para sus planes, pues hubiera elegido una plaza fuerte de posición estratégica para evitar cualquier sorpresa, pues pronto Tordecillas, no tardaría en sufrir un golpe de mano. (1).

Mientras la reina recuperó transitoriamente el uso de sus facultades se concretaron a exponerle las causas de la insurrección, pero olvidaron organizar un gobierno vigoroso. Al volver a caer la soberana en el estado de indiferencia todo se desmoronó; tuvieron desesperación y dejaron a medio comenzar la obra que con tanto entusiasmo habían emprendido. No se les ocurrió llamar al Infante Fernando, él seguramente, hubiera podido allanar las dificultades porque era español. Tampoco recurrieron a la nobleza. Todo se lo dejaron a la plebe, en lugar de haber buscado una autoridad competente. (1).

La Santa Junta escribió una carta al rey el 20 de octubre de 1520, dándole cuenta de lo que había sucedido durante su ausencia, y le rogaban que pusiera el remedio a la situación; que volviera pronto para vivir en el alcázar de sus antepasados, y que se casara para que no faltara sucesor a su muerte. Que al volver no trajera flamencos en su guardia; le pedían que los puestos principales fueran otorgados a los naturales; que no cobrara la autoridad el voto en la Coruña; que se permitiera fueran de allí, tres procuradores a las cortes, representando uno, al clero; otro, a la nobleza; y, el tercero a la comunidad, y que se escogieran mientras las cortes se instalaban. Pedíanle también, que no sacara ni el oro, ni la plata de España; que los indios no trabajaran en las minas, etc., etc.

En su desesperación los comuneros acudían al emperador como si desde lejos pudiera atenderlos. La carta que enviaron la tuvieron que llevar ellos mismos, para lo cual salieron tres mensajeros a entrevistar a Carlos, pero uno de ellos que iba más adelante, fué encarcelado; los otros no pasaron de Bruselas.

Antes de que los enviados de la Santa Junta hubieran llegado a los Países Bajos, el emperador ya había recibido una carta que le informaba la situación de España. Entonces nombró dos gobernadores: el Condestable Iñigo de Velasco y Fadrique Enríquez, a quienes dió instrucciones diciéndoles que deberían disolver la Santa Junta y que expulsaran de Tordecillas al capitán Toledo; que convocaran a las cortes, pero que no otorgaran nada sin antes consultarlo; que le informaran diariamente de los acontecimientos; que a los procuradores se les enviara a sus ciudades, y que, por el momento los comuneros quedaban privados del voto en la corte. Que los alcaldes volvieran a sus puestos; que las cuentas reales se pusieran en su anterior estado, y que finalmente, se dijera que el emperador iba a venir de un momento a otro.

Una vez nombrados los gobernadores la causa fué decayendo y los re-

1.—Historia de España de Maroyta.

1.—Historia de España. Tomo 80. de Juan Ortega Rubio.

beldes cedieron paulatinamente. El Condestable que les había ayudado en el lanzamiento de Burgos ya no quería ayudarles, teniéndosele como sospechoso, y con este motivo se armó un alboroto que lo obligó a huir y a buscar refugio en Berbescón. Estando ahí, recibió un aviso que había sido nombrado virrey. Entonces comenzó a trabajar en secreto con algunos partidarios para adueñarse de Tordecillas. Quiso ganarse al pueblo con promesas, y al fin consiguió sobornar algunos e intimidar a otros, con lo que pudo franquear la entrada de la ciudad. Entró precedido de sus adictos, vestido con gran gala. Los comuneros se alarmaron cuando vieron que Burgos se había rendido y que los nobles que habían fomentado el levantamiento se adherían a la causa real.

El cardenal Adriano de Medina logró fugarse. Fué a Río Seco y acudió a los príncipes, representantes de la nobleza, acompañado del marqués de Astorga, del conde de Benavente y del conde de Lemus, para que le ayudaran con gente y lanzas para la guerra, logrando que le entregaran 500 hombres.

Una vez organizado el ejército salió con las tropas a combatir a los comuneros. Por el camino se encontró a los condes de Oñate y Orozco, y al marqués Falcón con un pelotón de soldados.

Los comuneros se sintieron sorprendidos y desconcertados al ver la actitud hostil de los nobles, que poco antes los habían ayudado.

Burgos escribió a Valladolid, diciéndole a Juan Padilla que abandonara la causa, pero la Junta le contestó que rechazaban la invitación, en virtud de que ellos no habían cumplido con el compromiso.

El almirante Fadrique, hombre competente y conciliador era muy querido por el pueblo. El había sido de los que censuraron la entrada de Carlos a España, mientras la reina tuviera vida. Fadrique estaba retirado cuando recibió el nombramiento de gobernador. El en un principio no quiso aceptar el cargo, pero consintió para bien del pueblo.

Enríquez escribió a Valladolid recomendándole que viviera en paz, y que abandonara la causa, a condición que él hablaría con el emperador para que no fueran perseguidos, si acataban el principio de autoridad real.

Existe un documento en que se ven las buenas intenciones del almirante; lo poco que pedía a los comuneros y lo mucho que les ofrecía en nombre del rey. El documento en cuestión, dice textualmente: (1).

“Yo don Fadrique Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla y Granada, en nombre del rey nuestro señor, y de los nobles requiere delante de Dios y como Juez y no queriendo recurrir a las armas para llevar a cabo el intento, en nombre de su majestad, se obliga a cumplir, con todas las cosas que se hallan aquí declaradas, con la seguridad de que serán otorgadas y cumplidas: pero primero deberán cumplir lo que aquí se dice:

“Dejar a la reina en libertad, restituir al rey nuestro señor la gobernación de su reino y que vosotros estáis usurpando, restituir al conde Buendía su casa, y al marqués de Mayo Fernando de Bohadilla sus bienes.

"Esto hecho yo, señores me obligo en nombre del rey a cumplir lo antes dicho y tenerlo aquí, firmado dentro de tres meses, con lo cual daré la seguridad con que quisieren demandar. Prometo, en nombre del rey su majestad encabezar las rentas conforme a la cláusula del Testamento de Isabel la Católica. Prometo en nombre del rey su majestad que quitará el servicio de la corona y de que aquí en adelante, se le pedirán cosas que convengan a las ciudades.

"Quedan libres los procuradores de poder consultar cómo debe quedar depositado el servicio, en nombre de las cortes. Prometo que su alteza, no otorgará ninguna dignidad ni oficio, ni comunidad a los extranjeros. Prometo que no se sacará ninguna moneda de Castilla, que para eso se darán las órdenes necesarias. Prometo que en el derecho de las Bulas, se tomará la forma de cómo se hacen en las ciudades de Italia, sin haber vejaciones, ni excomuniones, cómo se tienen en esta ciudad, que se quitarán a todos los proveedores del reino que no se encargará nada a manos de extranjeros.

"Que su majestad hará los corregimientos conforme a la ley del reino, y no en contra de ella. Que su majestad cumplirá todas las promesas del reino como lo he jurado, y las que sean provechosas a él, aunque no se hayan usado. Que ninguna persona fuera del reino tomará más de un oficio en la Casa Real, sólo que sea castellano. Que el consejo de Cancillería se formará con personas de Ciencia y Conciencia, tales que el reino no tenga sospechas de ellas, y que su majestad tomará residencia de tres en tres años a los presidentes y alcaldes de la Corte. Que dará el perdón general a todo el reino, tanto para prelados, como para caballeros, para comunidades y pueblos de todo el reino y que su majestad dará forma para que se satisfaga el daño que sufrió la ciudad del Campo de Medina y otros años que se hicieron.

"Prometo así mismo que las gentes de armas será pagada de cuatro en cuatro meses y que, no comerán a costa de los pueblos; que las fortalezas que ahora tienen las conserven, hasta que se firme y se cumpla, pero una vez formado, las cosas quedarán como estaban.

"Paréceme señores, que si deseáis, lo que decís, el bien general del reino tened por bien todo ésto, que se otorgue todo con buena voluntad. El que no quiera ésto, será castigado por Dios, porque desde ahora, nosotros tomamos a El por delante, que El será nuestro capitán".

Lo prudente hubiera sido que los comuneros se dieran por satisfechos pero la conducta de los nobles, y del Condestable habían exasperado el ánimo.

Se reunieron tres emisarios para entablar pláticas con el fin de llegar a un arreglo, y ver si era posible que los comuneros disolvieran la Santa Junta, y se les propuso; pero estos contestaron que lo harían si quitaban al Condestable de Burgos; pero como esto era imposible, se dieron por terminadas las pláticas y volvieron a quedar las cosas como estaban.

En tales circunstancias la Santa Junta fué informada de lo acaecido a los emisarios que habían enviado a entrevistar al emperador, lo cual fué para ellos, una tremenda afrenta, e hizo que los ánimos se encendieran y ya no hubo otra solución, sino la violencia.

Dejaron de creer en las promesas del almirante Enríquez; todo lo consideraban como una falsedad, y con gran hostilidad se aprestaron a la lucha.

La Junta se mantuvo mucho tiempo sin trabajar, mientras los nobles se agrupaban una vez más.

Entre tanto, los rebeldes nombraron como jefe a Pedro Girón, hijo del conde de Ureña, que se había vuelto en contra del monarca debido a que él pretendía el dominio de Medina Sidonia, y como el rey se lo negó, se puso a las órdenes de la Santa Junta siendo bien recibido por los comuneros, pues al menos, tenía de su parte a un noble.

Girón una vez que dejó cuidadosamente custodiada a la reina, salió con los suyos e iba muy seguro del triunfo, tanto que ya lo celebraban; pero los del ejército Real estaban prevenidos. Girón mandó un emisario invitándoles a que se rindieran pero los nobles contestaron que harían todo, menos eso.

Se dirigió a las fronteras de Río Seco, y mandó a un mensajero diciéndoles que ya estaba ahí dispuesto a castigar a aquellos que habían querido gobernar Castilla. Pero los nobles que ahí se encontraban no quisieron aceptar la pelea, pues no estaban bien preparados. Así se pasó todo el día con la esperanza de que se diera la voz para empezar el ataque.

Si Girón hubiera atacado entonces, habría obtenido un enorme triunfo, pero lo que ocurrió fué que con la espera, a los nobles les llegaron nuevos contingentes. (1)

Antes de que empezara la lucha se exhortó mucho a éstos últimos para evitar el derramamiento de sangre; pero como los ánimos se hallaban un tanto exaltados, no se llegó a ningún arreglo favorable.

El obispo Acuña después de haber hablado a los conciliadores, se ciñó sus armas y salió al encuentro del ejército que venía a atacarlos. Girón, había hecho un gran alarde de patriota y para ello, hizo causa común con los rebeldes; le tomaron confianza y le nombraron jefe. Mas apenas había recibido el nombramiento salió violentamente para Toledo; con él iban todos los hombres que había llevado.

Esto causó gran satisfacción a los de Río Seco; pero no así a los comuneros que se alarmaron, al igual que las ciudades confederadas.

Era el mes de diciembre, el descontento había aumentado entre los soldados. Girón prometió llevarlos a Villalpando, donde tendrían alimento y alojamiento. Nadie entrevió la traición que encubría esta actitud; apenas salieron los hombres de éste, cuando los imperiales abandonaron Río Seco para atacar Tordecillas y, cuando atravesaron las ciudades cometían toda clase de desórdenes, gritando que eran comuneros. Llegaron hasta los muros de la ciudad la cual tomaron sin mucho trabajo, debido a que Girón tenía perfectamente planeado el ataque.

(1) — Historia General de España, por Ortega Rubio.

Cuando se supo esto en Villalpando ya era demasiado tarde para ayudar a Tordecillas. Antes que los imperiales, se apoderaron definitivamente de la ciudad; tuvieron que sostener una lucha con los monjes de Acuña que eran aguerridos y que le defendieron por espacio de cinco horas. Al fin, un soldado de los atacantes, entró por una brecha y plantó en una de las almenas, las banderas del duque de Alba. A pesar de esto, los combates siguieron en las calles. Finalmente tomaron la villa y se apoderaron de la reina y de su hijo que, en aquellos momentos, atravesaban el atrio de la iglesia.

El obispo que no se daba cuenta de quien era el causante de este desastre, no quiso oír el consejo de Valladolid, que le sugería que tomara a Tordecilla entre dos fuegos; que se dirigiera a Río Seco; y que atacara al ejército de Girón; y que probablemente, así obtendría el triunfo.

Los comuneros abandonaron todo. Ya no obedecían a nadie y comenzaron a cometer toda clase de desmanes. Volvieron a reunir cuando Juan de Padilla vino con 200 toledanos.

El ejército que se formó, tomó rumbo a Medina sin atacar Tordecillas, para ir luego a Valladolid. Ahí se trató de nombrar al jefe de las tropas. La Junta quería nombrar a Lazo de la Vega el cual no era de la simpatía de los comuneros. Padilla lo alabó mucho; pero sus hombres querían que él fuera el jefe; la gente lo aclamaba a su paso por las calles, y al fin, la junta tuvo que acceder a nombrarle, y esto hizo que Lazo de la Vega se fuera arrimando disimuladamente a los nobles, hasta que llegó a ser partidario de ellos.

Mientras tanto, en Burgos, había un gran alboroto, debido a que el rey sólo había concedido la décima parte de lo prometido, y le llamaban al Condestable falso y mentiroso, teniendo que recurrir a Medicilini para poder establecer su autoridad.

El conde de Salvatierra y Juan de Padilla, se unieron para atacar la Villa de Ampudia; se abastecieron de armas y llegaron hasta los muros de la provincia, la sintieron, y se les intimó a que se rindieran, lo que lograron sin gran esfuerzo, siendo éste un triunfo que los llenó de orgullo. No cometieron desórdenes, y permitieron a los habitantes que salieran con sus armas.

La Santa Junta llamó a Padilla para que organizara el ejército y lo mandara a Torrelobatón, villa bien defendida y con buena guarnición, que estaba en poder de los imperiales.

Los regentes y nobles mandaban con frecuencia cartas a los comuneros para que entregaran los elementos de guerra, y obedecieran al gobierno de su majestad, afirmando que, en caso contrario, se les trataría como traidores y se les batiría a sangre y fuego. La Junta contestaba a estas cartas con altivez, diciendo que ella era la mejor servidora del soberano, si que los dos partidos se distanciaban cada vez más.

Padilla tomó la plaza de Torrelobatón, pero los defensores de ésta, le pidieron que les concediera una tregua a lo cual accedió el jefe comunero;

pero con esto perdió el triunfo porque la ciudad se fortificó, haciéndose por demás difícil la toma de dicha población: (1)

El almirante seguía trabajando con ahínco para llevar a cabo lo que deseaba ardientemente. Celebró conferencias con Lazo de la Vega tratándose el asunto de que el emperador, sería el que nombrara a los gobernadores y que los comuneros lo aceptaran. Padilla aceptó el pacto, pero pedía que a los extranjeros no se les dieran los puestos principales.

Todo parecía que se había arreglado cuando los nobles le dijeron a la Santa Junta que el rey no concedía nada de lo que le pedían; pero que ellos estaban dispuestos a ayudarlos si se sublevaban en su contra.

Pocos días después apareció en las calles de Valladolid un edicto que decía: "El rey Carlos declara traidores a todos aquellos que estén con la causa popular".

La Santa Junta escribió a los imperiales diciéndoles que los traidores eran el Condestable; el almirante, y todos los vecinos de Tordecillas, Burgos y Simancas. Con este incidente ya no se pudo llegar a ningún acuerdo.

Padilla se hallaba detenido en Torrelobatón esperando a que llegaran a un acuerdo. Esto trajo como consecuencia que muchos de sus hombres desertaran del ejército; unos porque consideraban muy peligroso seguir defendiendo la causa popular; otros, porque querían acogerse al indulto real, y, otros, porque con lo que tenían podían vivir tranquila y cómodamente.

Poco después el ejército de Padilla se encaminó a Peña Flor. Como los imperiales estaban cerca de ellos se dispusieron a atacarlos. Una mañana los comuneros abandonaron el lugar con grandes toques de clarines; el jefe toledano iba a la retaguardia cuidando a la artillería; sus hombres caminaban despacio, el suelo se hallaba fangoso debido a las lluvias. Los imperiales aprovecharon esta circunstancia para empezar el ataque que los sorprendió desprevenidos; se desvandaron quitándose las cruces rojas y poniéndose las blancas para confundirse con los imperiales. Padilla, desesperado, se lanzó contra los atacantes; pero el número de éstos era muy superior a los de él y pronto fué reducido a la impotencia.

A los prisioneros se les condujo a Villalba, propiedad de don Juan de Ulloa. Al día siguiente los trasladaron al pueblo de Villalar para ser juzgados. Se les formó proceso y muchos de ellos fueron sentenciados a muerte.

Juan de Padilla, después de haber sido procesado, fué condenado a la pena de muerte; pero antes de ir al patíbulo, pidió a sus carceleros le permitieran escribir a su esposa, que a la letra decía:

CARTA DE JUAN DE PADILLA. (1)

"A tí corona de España, luz de todo el mundo, desde los altos Godos

(1) — Historia General de España, por Ortega Rubio.

(1) — Historia de Carlos V, de Sandoval Tomo II.

muy libertada. A tí por derramamiento de sangres extrañas como tuyas, co-braste libertad para tí y sus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, como en la sangre de su cuerpo se refrescaron tus antepasadas victorias, si mi aventura no me deja poner los hechos a tus nombradas hazañas, la culpa fué de mi mala dicha y no de mi buena voluntad la cual como la madre te quiere, me recibas, mas a pesar de mis pensamientos y de mi vida. Dios no me dió mas que perder por tí, por lo que me aventuré. Pero mira que son veces de fortuna que jamás tienen sosiego solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de sus hijos, morí por tí, hijo que has creado a tus pechos, a quien pondrás enmienda a su agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán que aun yo no lo sé aunque tengo muy cerca mi fé, te daré testimonio de mi deseo. El ánima te encomiendo, como patrona de la Cristiandad, del cuerpo ya no tengo nada porque ya no es mío ni puedo mas escribir porque al punto que esta acabo, tengo en la garganta el cuchillo, con mas pasión de su enojo que de mi pena." (Esta carta fué dirigida a Toledo).

CARTA DE PADILLA A DOÑA MARIA PACHECO SU ESPOSA. (1)

"V-Señora: si vuestra pena no me lastimara m's que mi muerte, yo me tuviera por enteramente aventurado, que siendo a todos tan ciertamente señalados bien hace Dios al que le da, aunque sea de menos plañida y de él recibida en algún servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo, para escribiros algunas cosas más para vuestro consuelo, ni a mí me lo dan, ni yo quería más dilación en recibir la corona que espero. Vos como cuería llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie deve ser llorada. El ánima, pues ya no tengo otra cosa dejo en vuestras manos, vos señora haced con ella, como la cosa que mas os quiso."

"A Pedro López mi señor, no le escribo aunque fui su hijo no ósar perder la vida, no fui heredero en la fortuna. No quiero mas dilatar por no dar mas pena a mi verdugo, que me espera y por no dar sospechas que por alargar la vida alargó la carta. El criado Loza, como testigo de vista enterado del secreto de mi voluntad os dirá lo demás que aquí falta. Y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor."

Después de que Padilla terminó de escribir salió para el cadalzo acompañado de los otros sentenciados y, mientras caminaba, entre la multitud que venía a presenciar la ejecución, los frailes decían: mirad como mueren los traidores al rey.

Los tres caballeros subieron al patíbulo para ser degollados, muriendo con ellos, las libertades de Castilla.

Mientras el ejército se ocupaba de aplacar a los comuneros, las fronteras españolas se encontraban desguarnecidas, lo que fué aprovechado por los

(1) Historia de España, por Ortega Rubio.

franceses para entrar a Navarra y sitiar a Lorgoño. Es aquí donde se ve un verdadero rasgo de patriotismo, en un país que se hallaba en guerra civil, los españoles, al ver su suelo invadido por extranjeros y principalmente por el enemigo francés, se olvidaron de sus rencillas y se unieron para luchar en contra de los invasores.

A pesar de que los comuneros de Valladolid y de casi todas las ciudades de España se habían rendido, en Toledo, seguía ondeando el pendón de las comunidades sostenidas por María Pacheco, esposa de Padilla, mujer que era delicada de salud, pero fuerte de espíritu, entusiasta, tanto como su marido, de índole caritativa, ayudaba a todos los menesterosos. Se cuenta que en una ocasión no habiendo dinero para pagar a las tropas, fué a la catedral de Toledo y después de pedirle perdón a Dios por lo que iba a hacer, tomó toda la plata que había en la iglesia y con ella pagó. (1) Este acto fué tachado de sacrilegio.

Cuando supo que su esposo había muerto, y que en la carta que le enviaba le decía que tenía confianza en que alguien vengaría tal agravio, ella se propuso vengarlo; se hizo conducir al Alcázar de Toledo llevando a su pequeño hijo, seguida del obispo Acuña y de Fernando Avalos.

La ciudad de Toledo se hallaba sitiada por los imperiales; pero nada asustaba a esta valerosa mujer que no sólo fortificó a la ciudad; sino que pidió al Cabildo que le diera doscientos ducados para pagar a los que combatían.

El obispo Acuña estaba muy descontento y decidió abandonar la ciudad de Toledo. Para salir se disfrazó de vizcaíno y huyó sin que nadie se diera cuenta; pero quiso su mala suerte que al cruzar la frontera de Navarra, fuera reconocido por unos soldados, lo aprehendieron y lo encerraron. (1)

La viuda se encontró sola y sin ayuda del prelado; pero no por eso dejó de defender la causa. Las luchas siguieron y, a mediados del mes de septiembre, el prior Juan, jefe de los imperialistas tomó la parte sur de la población, e hizo su centro de operaciones en el Monasterio de Dila, desde donde se controlaba la entrada de víveres a los toledanos, y mientras más dificultades se presentaban a los toledanos mayor era el brío y la tenacidad de éstos.

Así estaban las cosas en Toledo, cuando se supo que el ejército francés había sido derrotado en Pamplona. La noticia animó a los imperialistas; pero no a los refractarios que era tanta su desesperación que desconfiaban del triunfo.

Se formaron entonces bandos dentro de la ciudad. Unos querían la guerra principiando las luchas entre ellos; otros gritaban: Viva el Rey; otros más gritaban: Viva las comunidades. Tanto llegó el clamor de la gente, que María pensó que sería una temeridad prolongar la guerra y se firmó un tratado de paz que comprendía los siguientes puntos: "Que Toledo, conservara su nombre de Noble y Leal; que otorgaría perdón a todos los comuneros; no se trataría cues-

(1) — Historia General de España, por Ortega Rubio.

(1) — Historia General de España, por Modesto La Fuente. Tomo XI.

tión la de daños y perjuicios hasta el regreso del rey de Castilla; que se disolvieran las rentas reales ya tomadas; que se levantara el secuestro a los bienes de Padilla; que se conservaran los fueros y franquicias; que los párrocos siguieran en sus iglesias; que las puertas de la ciudad fueran cuidadas por toledanos de su confianza" (1)

Después de firmada la paz entre el padre prior y la viuda, éste se posesionó del gobierno y del arzobispado. Con tal motivo el Papa Adriano de Utrech, celebró una fiesta popular en que mezclados comuneros e imperialistas se divertían por igual; pero de pronto un muchacho un tanto imprudente, gritó: "Viva Padilla". Entonces, los imperialistas golpearon cruelmente al muchacho, que al verlo su padre se encorcelizó y arremetió contra aquellos que lo habían golpeado; pero fué aprehendido y hecho preso en la casa del padre prior. Los agresores, sin formarle proceso, lo sentenciaron a la horca. No sirvieron las súplicas que envió Maria Pacheco en favor del acusado; sino que éste fué sacado al patíbulo y ejecutado en la horca.

Luego los imperiales atacaron a lo populares los que estaban preparados con su artillería haciéndola funcionar y causando grandes estragos.

Gutiérrez López, hermano de Padilla, era amigo de los comuneros y le aconsejaba que dejarán de pelear, a lo cual consintieron si se les dejaba salir de noche. Gutiérrez López se portó bien en esa ocasión, puso a salvo a su cuñada, sacándola después secretamente de la ciudad. A la salida de Toledo se le montó en una mula que la debería llevar a Barcelona donde vivía su tío. Después de penoso viaje cuando llegó a casa del tío, éste se negó a recibirla, y le mandó decir que se fuera en buena hora; pero su tía que era muy caritativa, le dió quinientos ducados y algunas conservas, y así pudo continuar su viaje hasta el Pueblo de Zanabria. Allí vivía otro tío quien le brindó hospitalidad y la agasajó. Descansó por ocho días, franqueó la frontera de Portugal y se internó en el reino lusitano.

En Toledo se buscó a la viuda por todas partes. Se hicieron toda clase de pesquisas con resultados inútiles. Despechados los imperialistas de no encontrarla se vengaron arremetiendo en contra de sus bienes; demolieron y araron el terreno y arrojaron sal para que ni la hierba creciera, y le pusieron un letrero que decía: "Este solar es el jardín de la infamia".

Así acabó el levantamiento de los comuneros con el triunfo de los imperiales, no-obstante que la viuda de Padilla había sostenido el pendón de las comunidades durante diez meses después de la muerte de su esposo.

IV.—LAS GERMANIAS, PERDON DEL EMPERADOR.—SUCESOS INTERIORES DE ESPAÑA.

En Valencia la vida ya era menos que imposible debido a que los nobles explotaban a la gente pobre, para la que no había un poco de justicia; pues si se quejaban, eran castigados bárbaramente. La policía no hacía nada por impedirlo; sino por el contrario se ponía de parte de los imperiales.

Cansados los cortesanos de esta tiranía se armaron y desconocieron a las autoridades. Nombraron como su jefe a Juan Lorenzo, cardador de lana, que se unió a un compañero de oficio llamado Sorollo, muchacho de entendimiento claro. Aconsejó a su superior organizar una junta integrada por trece individuos que tuvieran por objeto defenderlos de la nobleza y de los moros.

A esta junta le dieron el nombre de *Germanía*, que quiere decir, hermandad.

Los poderosos al ver esto, mandaron un embajador a entrevistar a Carlos V para que le comunicara tal suceso; pero los populares ya habían enviado un emisario y tenían una carta real que les permitía el uso de las armas.

Carlos nombró virrey a Diego Hurtado de Mendoza, pero el jefe de los germanos al enterarse de esto mandó también un mensajero al rey, al cual le dió una carta en la que les autorizaba nombrar a sus representantes.

Al fin llegó el momento en que el virrey debería tomar posesión de su alto cargo; pero para evitar desórdenes, llegó por un atajo a la catedral. Sorollo tuvo conocimiento, salió a su encuentro, y le dijo: "El gobierno que viene a esta Ciudad no busca atajos para entrar, sino que lo hace por la puerta principal" (1)

Una vez que el virrey tomó el poder la junta nombró a sus jurados, que fueron en número de seis; pero la autoridad real no quiso reconocerlos, lo que dió margen a que los ánimos se caldearan sobreviniendo la sublevación.

Sorollo aprovechó la ocasión de que trataban de quemar a un malechor para hablarle al pueblo, diciéndoles que, las autoridades mandaban ahorcar a un hombre al que no le habían dado tiempo a que se defendiera. Entonces los populares acordaron quitárselo a la justicia, y así lo hicieron llevándolo hasta la catedral donde lo pusieron a salvo; después se dirigieron al palacio para tomar preso a Diego, pero la guardia se les interpuso. Como una estratagema, el jefe de la junta se encerró en su casa e hizo circular la versión de que lo habían asesinado, con esto el pueblo se amotinó y quiso asaltar palacio, y llegó a tal grado el escándalo, que el obispo de Segovia, que se hallaba en Valencia, fué a buscarle y a pedirle que se presentara ante los germanos para calmarlos, y que el orden se restableciera nuevamente. El virrey aprovechó el momento y abandonó a la ciudad acompañado de los nobles; pero se organizaron dos ejércitos: uno, mandado por Alfonso de Aragón, y otro por el virrey Hurtado. El combate entre imperiales y populares fué encarnizado; pero al fin

(1) — Historia General de España, por Ortega Rubio. Tomo IV.

vencieron los aliados del rey. Se aprehendieron a los jefes de la rebelión y se les mandó ahorcar.

EL PERDON DEL EMPERADOR.

Muchos de los comuneros notables se encontraban presos y si no se les había dado muerte era porque se esperaba la llegada del emperador. Carlos llegó a España el 16 de julio de 1522; traía consigo muchos flamencos y un cuerpo de cuarenta mil alemanes.

Desembarcó en Santander donde salieron los virreyes a darle cuenta de su administración. El rey después de conferencias con ellos salió para Placencia, donde revisó el proceso de los comuneros que se hallaban presos. Condenó al patíbulo a Pedro Mendoza Pimentel, a Alfonso Sarabia y a Francisco Mercado. Después partió para Valladolid, y de ahí a Tordecillas a visitar a su madre.

Tranquilo el país y muertos los jefes del movimiento, los supervivientes se sometieron al mandato del soberano.

El 28 de octubre de 1522 se presentó el soberano vestido con las ropas telares y rodeado del Consejo. Hizo leer la carta del perdón general que sólo alcanzaba a comuneros humildes, pues los nobles, magistrados y eclesiásticos fueron castigados. (x)

El contenido de la misiva indignó grandemente a Enríquez, que se encaró con el monarca, y le dijo. "Que bien se miraba, que él no habla, estado en España cuando se desarrollaba la guerra, y que por eso escribía en tal forma". Las palabras del almirante hicieron mella en el emperador, porque muchos de los sentenciados fueron absueltos.

DESARROLLO INTERNO DE ESPAÑA.

Carece de hechos dramáticos la época de Carlos V en la historia interna de España, pues sólo se desarrollaron dos rebeliones al principio de su reinado. En cambio, en su aspecto económico y constitucional tiene gran importancia. Muestra muchas dificultades con sus deberes el emperador y como jefe de la Casa de Absburgo.

Quería que se disminuyeran los conflictos y las quejas, para lo cual debía de tener mucha sagacidad. Quería que España fuera la nación dominante del mundo; sus horizontes de ambición crecían en grandeza, porque él mismo buscaba su grandeza y su prestigio.

Carlos aprovechó todas las oportunidades para fortalecer su imperio, pero sus súbditos sólo veían la parte oscura de su gobierno.

En su primera visita a la península, se efectuó en Toledo la asamblea de magnates de mil quinientos veinticinco pesos; también ahí estaban las cortes

(x)—Historia General de España, por Merriman.

de Castilla. Concurrieron los embajadores de Francia, Inglaterra, Portugal, Rusia, los Estados italianos, el delegado del Papa, el gran maestre y representantes del Saad de Persia.

La carta del emperador era de las mas brillantes, su orgullo del poder imperial hizo que olvidara los sencillos caminos de los Reyes Católicos.

Al mismo tiempo, en otro confín del mundo, Francisco Pizarro, en el mes de noviembre se hacía a la mar en un viaje de descubrimiento. Esta empresa dió como resultado la conquista del imperio del Perú. La riqueza de los Incas ayudó a la posesión de España, y en 1525 se ve en el pináculo de su grandeza.

Mucho se le rogó a Carlos para que contrajera matrimonio, y se abrigaba la esperanza que su mujer fuera la reina Isabel, hermana del rey de Portugal. El soberano no hacía mas que corresponder a los ruegos; pero sin comprometerse debido a las circunstancias, porque desde su infancia había estado comprometido con una princesa de los Países Bajos, después con María Tudor, que contrajo nupcias con Luis XV; luego con Luisa de Francia y, mas tarde con María, hija de Enrique VIII, que se desposó con Felipe, hijo del emperador.

Como la situación política variaba era conveniente que él conservara sus libertades; además, se le presentaban las ventajas de un matrimonio portugués, y de esta manera satisfecería los deseos de sus súbditos y podría conseguir la política de Fernando e Isabel.

El matrimonio de Isabel y Carlos fué concertado. Esta llevaba como dote nueve millones de ducados, y la boda se efectuó al fin en Sevilla el 10 de marzo de 1528.

Los siete arcos triunfales que se levantaron reflejaban la esperanza de los españoles. Los meses que siguieron fueron los más felices de Carlos V. Su unión con Isabel era política, pues en una carta que escribió a su hermano Fernando, le decía: "Me casé con ella por su dote, por tener a mi lado a una persona aceptable que me represente durante mi ausencia." Pero el emperador a pesar de su parte financiera se enamoró de su mujer.— (x)

Los asuntos del gobierno lo tenían tan ocupado que apenas si tenía tiempo para sus afectos; pero anhelaba la simpatía, la lealtad, la devoción que le proporcionó Isabel a manos llenas. Fué para Carlos la compañera ideal. La mayor parte de su luna de miel se desarrolló en Granada, huyendo del calor del Valle de Guadalquivir. Era la primera vez que él visitaba Andalucía; la contemplaba con admiración y delcote. Así regresó en diciembre al norte, sin olvidar los días felices que había pasado en la Alhambra.

El reinado de Carlos tuvo grandes asuntos que atender en la adiministración de sus dominios. En primer lugar, debía de representar la unión de sus coronas; lo que no realizaron ni Isabel ni Fernando, él lo hizo haciendo una serie de frecuentes visitas a Aragón.

El deseo de disminuir la diferencia de posesiones, hizo que Carlos tuviera

(x)—Historia General de España, por Merriman.

la idea de unificar lo que poseía. Era natural que esta unión progresara a los ojos de él. Consideró a los dominios españoles por un conjunto mayor que las posesiones aisladas de la Casa de Absburgo. Clasificó a sus reinos en dos grupos: septentrional y meridional.

Sus propiedades italianas y mediterráneas eran gobernadas exclusivamente por iberos; los Países Bajos, por su hermano Fernando. Su tía María Luisa y su hermana Margarita habían sentido la influencia española.

La tendencia de Carlos fué favorecer a España, y por primera vez éste país, representa el papel principal, permaneciendo más tiempo en la península, durante la época de su matrimonio y el nacimiento de su hijo.

El foco de interés político era Francia, y el escenario de las mayores batallas y triunfos era Italia, en donde el poder español alcanzaba supremacía.

Gatinara, era el principal consejero del emperador, odiaba a los franceses y se interesó por el problema interior. Otro factor que preocupaba al emperador en el que fijaba toda su atención, era la amenaza del poder político de Barba Roja.

En 1549 fué a Polonia para ser coronado por el Papa, olvidando posiblemente, los sucesos de su primera visita a España, ya que éste le había ayudado mucho y se mostraba leal con él.

Cuando Gatinara murió, su sucesor como primer ministro, fué Nicolas Ferrenci de Gramberi, que estaba interesado en los asuntos de la Europa Central; se esforzó por que Carlos viviera en el norte, y efectivamente éste vivió la mayor parte fuera de España, tal vez influenciado por su consejero. (x)

El emperador tenía dos consejeros: uno era Grambelle, y el otro, Cobos. Ambos resolvían todos los asuntos del Estado. Cobos era de origen español, y era tan poderoso como el mismo Grambelle, que era el guardador de los secretos de su majestad. Sabía la manera de cómo realizar lo que el monarca dejaba sin terminar. Todos los asuntos de Italia y de las Indias, pasaron por sus manos. Se hizo rico por las rentas elevadas que tenía, y murió en Ubeda en el año de 1547.

También existía el consejo del Estado; pero como todos los miembros querían emitir su opinión nunca estaban de acuerdo, por lo que Carlos tuvo a bien suprimirlo; en cuanto al consejo eclesiástico, éste estaba a cargo de los clérigos que se iban sucediendo, el último fué el obispo Fonseca, quien le dió el mando a un civil llamado Juan de la Vega y Grajal, que posteriormente fué virrey de Sicilia.

Carlos juzgó conveniente que el consejo tuviera a su cargo la distribución del patronato real, y sobre el Indulto Regio; éstos asuntos eran, de ordinario resueltos por el propio monarca, previa consulta con sus íntimos consejeros; pero como su majestad conocía muy poco de Castilla, creyó conveniente reunir el Consejo Real, para consultarles sobre el particular.

x — Carlos V el emperador, de Merriman.

El 6 de abril de 1532 Carlos escribió al Consejo para reunir a la asamblea y recabar fondos para hacer la guerra al infiel; entonces las cortes contestaron que no podían concurrir debido a ciertos inconvenientes. Trece años más tarde; el emperador volvió a repetir su ruego, La contestación que tuvo fué más concreta: que no se le podía ayudar porque dada la penuria las cortes estaban pobres, y propusieron reunirse hasta que Carlos llegara a España.

Las cortes se reunían por lo menos quince veces al año, sobre todo, las del Castilla. Estas organizaciones fueron hechas por los reyes católicos; su misión era tratar asuntos relacionados con la justicia, y de ninguna manera de índole política. Las cortes de Cataluña se reunían dos veces atendiendo a las necesidades de dinero para las guerras. Las cortes, asimismo, se ocupaban mucho de la educación; eran intransigentes en lo que a ella se refería; se trataba de que los jóvenes fueran admitidos en el seminario, y que las cátedras de Historia Económica y Financiera, se sustentaran temporalmente.

El problema que más se encontraba ligado con la Historia Económica, era la organización de un Instituto Central del Reino de Castilla. En los primeros tiempos de esta organización, los reyes católicos, habían puesto las recaudaciones en manos de contadores, y conforme esta aumentaba, se iban agregando más empleados.

Una vez que el rey estuvo en Castilla, se dedicó a atender el problema financiero. La cédula del primero de enero de 1529, dada en Valladolid menciona un comité formado por seis personas, a cuya cabeza figuran el conde Nassao, que tenía la obligación de inspeccionar y sistematizar las contadurías y funcionarios asociados a ellas. Los ingresos de Castilla eran muchos; los más importantes eran los servicios votados por los procuradores. En los de las Indias, que empezaban a aumentar de volumen, había otra clase de ingresos de los que se nutrían las tesorerías; ingresos de orden militar; de caballería; de la iglesia; por servicios y montazgos. Todas estas rentas las recaudaba Castilla, y aún así el problema español era en esencia difícil.

V.—GUERRAS CON FRANCIA.—SITIO DE PAVIA.—EL REY FRANCÉS EN MADRID.

Durante el reinado de Carlos, hubo tres grandes enemigos: Francia, los turcos y los protestantes de Alemania. La guerra con Francia, tuvo como origen cuatro causas, a saber: (1)

Primera.—La herencia de Carlos el Atrevido, en la que existía una antigua rivalidad por la división de las tierras borgoñesas, entre los de Valois y los de Absburgo.

Segunda.—El resultado de la elección imperial de 1545, cuando Francisco I se enteró de su derrota, el cual tomó la noticia con calma, pero la guerra se hizo inevitable.

Tercera.—La lucha por la herencia en Italia con la invasión de Carlos en Nápoles en 1499, ya que en estas luchas Francia había encontrado un rival, con la España de Fernando el Católico.

Cuarta.—La constante disputa por la posesión de Navarra que les habían quitado los Albert en 1512. Se incorporaron a Castilla a pesar de las protestas de Luis XII.

No obstante estas causas, había una que era la principal, y ésta consistía en que Francia, dividía los dominios de Carlos originando perturbaciones. De estas diferentes causas, las que podían considerarse como españolas, eran: la lucha por la supremacía de Italia y la disputa por Navarra.

Las hostilidades se rompieron cuando Roberto de la Marca, que estaba al servicio del emperador, sufrió un desaire al negársele el ducado de Luxemburgo por parte de Carlos. Con este motivo se fué a Francia, reunió gente y entró a Luxemburgo. El soberano sabía quién había dirigido la maniobra y depachó un mensajero a Francia, haciéndole el cargo al rey, que había roto el tratado de Noyon. Francisco lo negó, pero a pesar de las conferencias continuaron las hostilidades entre los dos reinos.

Cuando España se encontraba en guerra civil, Francisco mandó un ejército a las órdenes de Andrés de Foix, señor de Lesperre, para que invadiera España, y como las fronteras estaban desguarnecidas, los franceses se apoderaron de Pamplona. Los franceses después de atravesar el Ebro, pusieron sitio a Logroño; el ejército español atacó y el señor de Lesperre, les dió batalla porque esperaba refuerzos del duque de Albert, más como estos no llegaron a tiempo, el resultado fué desastroso. Algunos meses más tarde, los franceses volvieron a entrar a España; se apoderaron de Fuenterrabia, que estaba custodiada por Diego de Vera, a él se le culpó de que los enemigos hubieran tomado esta población.

La lucha ya no se pudo evitar. Los dos monarcas se encontraron a una pelea de encono enfrentándose en la plaza de Turnay, que durante muchos

(1) Historia de Carlos V, por Ortega Rubio.

siglos estuvo sujeta a los borgoñeses. La plaza era muy fuerte y la lucha se prolongó bastante, pero al cabo de algunos meses, se capituló en favor de los imperiales. Después de esto Carlos tuvo un convenio con Fernando su hermano, para que fuera a ocupar los Países Bajos.

El teatro de la guerra pasa después a Lombardía; los franceses que se hallaban en Italia eran mal vistos por sus habitantes que trataron de expulsarlos, y en efecto, se formó un ejército de 20,000 hombres formado por italianos, alemanes y españoles al mando de Colonna. La lucha empezó en verano y terminó en invierno, pero para noviembre, los franceses habían sido ya expulsados de Lombardía, y sólo les quedaba Milán.

Cuando el infante Fernando iba rumbo a los Países Bajos, tuvo una entrevista con el rey de Inglaterra y el Papa, logrando una alianza en contra de Francisco I.

En este tratado, el rey de Inglaterra había prometido que atacaría a Picardía y efectivamente así lo hizo; pero no obtuvo ninguna victoria y se vió precisado volver a sus costas con gran enojo contra el monarca español, porque decía que él debería haberle ayudado.

Entre las fuerzas del rey Francisco, se hallaba un joven valiente llamado Carlos de Borbón, el cual había recibido muchos desaires por parte del rey francés, y no pudiendo aguantarlo, decidió pasarse a las filas del emperador en donde fué bien acogido por el soberano español que le entregó el mando de un ejército, que él mismo organizó y adiestró; después se lanzó contra Marsella, que se encontraba muy bien fortificada y que era una locura para quien tratara de penetrar a la ciudad.

Una vez que Borbón se retiró, el rey francés organizó su ejército y salió para Italia. La fortuna parecía sonreírle ya que el tiempo se hallaba despejado y podía marchar fácilmente a través de las montañas; en marchas forzadas logró flanquear los Alpes por el Monte Geni, y de ahí continuó su viaje hacia Milán. Esta rapidez desconcertó al ejército español que se encontraba en Milán a cargo de Pescara, y cuando se dieron cuenta de que venían los franceses, rápidamente evacuaron la ciudad. Las tropas de Borbón se hallaban en Lodi. Un ejército de 6.000 hombres, en su mayoría alemanes, y otro a las órdenes del general español Antonio de Leyva en Pavia, población que está situada a las orillas del Ticino, flanqueada por el oeste por un arroyo de corriente rápida y limitada al norte por el parque de Mirabello. Sus murallas eran altas, bien construídas, duras y en magníficas condiciones.

SITIO DE PAVIA.—Para el francés la campaña de 1525 fué de diferentes aspectos, en primer lugar los españoles habían ido cerrando el cerco de la plaza de Fuenterrabía que aún estaba en su poder, y como los sitiados carecían de alimentos, se celebraron pláticas entre el jefe de los franceses y el Condestable de Castilla. El resultado fué que el francés entregó la plaza y se retiró con su ejército. Mientras tanto, el grueso de las tropas enemigas se hallaban en Milán y eran dueños de la situación al ponerle el sitio a Pavia.

En su primer ataque tuvieron un fracaso lamentable; entonces pensaron sitiar la plaza para que se rindieran por hambre. Los de Pavía estaban bien fortificados y abastecidos; las brechas hechas por el enemigo eran reparadas inmediatamente.

El marqués de Pescara les preparó una sorpresa, que la llevó a cabo en la siguiente forma. (1)

Una noche salieron del palacio de Pescara los soldados llevando sobre la armadura, una camisa blanca. Era el mes de noviembre y los caminos estaban cubiertos por la nieve. Los soldados atravesaron la población en silencio y salieron al campo por una puerta pequeña; se encaminaron a Melazo. Pescara iba adelante de ellos dándoles el ejemplo, ya cerca del castillo de Milán, oyeron a los centinelas que decían: Ven unas cosas blancas que se mueven?, el otro centinela contestó que tal vez serían los árboles que estaban cubiertos de nieve y que se movían al soplo del viento. Después de este diálogo, los centinelas se retiraron. Entonces, los imperialistas empezaron a escalar las murallas con sus picas, una vez que entraron, abrieron las puertas de la ciudad al grito de España y Santiago.

El que estaba al frente de las tropas en Melazo era Jerónimo Tribulador; que fué herido mortalmente por el jefe español Santillana; los demás se rindieron y fueron hechos prisioneros.

El sitio de Pavía aún seguía y se murmuraba que si se prolongaba por mas tiempo, los sitiados tendrían que rendirse por hambre. Carlos de Borbón llegó con su ejército y reunidos los jefes celebraron una junta; decidieron mandar a Leyva 2000 escudos que fueron llevados por dos soldados los cuales iban disfrazados; entraron como servidores del rey francés, y cuando estuvieron cerca de la plaza sitiada, cambiaron sus jubones con los centinelas, diciéndoles que si Leyva recibía el socorro, dispararan sus cañones tres veces.

Pescara tan luego como reunió un poco de dinero pagó a sus soldados, y desplazáronse hacia Pavía con el jefe español al frente. Pescara había concebido el plan para atacar al enemigo de noche, dejando que antes se confiaran. Así, una noche, entró con un puñado de soldados españoles al campo francés, lo saqueó y salió tranquilamente.

Mientras tanto, en Pavía la situación seguía mucho peor, pues faltaba el sustento diario que escaseaba rápidamente, y pronto se verían obligados a rendirse por la falta de comestibles.

Se reunieron los generales y soldados, Pescara les habló diciéndoles: Vosotros queréis comer, no es verdad?, pues bien, la comida está en el campo francés y de ahí tenemos que tomarla, Esta noche os pondréis una camisa blanca sobre la armadura; prederéis fuego a vuestras tiendas para que el francés crea que nos vamos. Esa noche, desde el campamento enemigo pudieron contemplar una enorme hoguera, entonces el monarca francés llamó inmediata-

mente a sus generales y les ordenó que prepararan todo para el día siguiente para perseguir a los imperiales; pero estos estaban trabajando y cuando el alba llegó habían derribado una pared cerca de Pavía, desde donde observaban todos los movimientos del enemigo. Al poco apareció un poderoso ejército con su monarca al frente acompañado por el príncipe de Albert, y el almirante Bonivet, muy bien ataviados.

Al ver que los imperiales no se habían retirado; sino que estaban en las afueras de la ciudad, se llegaron a las manos peleando cuerpo a cuerpo con enconado furor.

Del primer choque entre imperiales y franceses, el triunfo fué para estos últimos y envanecidos, replegaron su infantería; tal maniobra sirvió a los imperiales para entrar en las filas de los contrarios atacando a los suizos que cuidaban las puertas de Pavía. Casi todos los franceses murieron; sólo quedó el rey con algunos soldados; pero él también cayó. Le pidieron que se rindiera pero el soberano altivamente contestó: "Soy rey y no me rindo ante vosotros; sino ante el emperador". (1)

Los caballeros españoles y alemanes le rindieron homenaje, pero después se lo llevaron al castillo de Pissigkitine, en Lombardía, teniendo como custodio al caballero Alarcón. Desde su prisión Francisco escribió a su madre diciéndole: (2). "Madre, he perdido la guerra pero no mi dignidad que aún está muy alta". También escribió al emperador en los siguientes términos: (3) "Si bien no me consuelo de mi infortunio, me siento haber sido prisionero de tan poderoso emperador que es tan bondadoso, y que si quería un vasallo esclavo, que lo tendría en él."

También la madre de Francisco, escribió al emperador, así:

"Señor: desde que es cabido el infortunio de mi hijo y Señor estoy dando gracias a Dios, que haya caído en manos del príncipe que más amo en el mundo, esperando que vuestra magnificencia se muestre en su favor. Los lazos de sangre de parentesco y alianza que lay en vos y en él; en caso de que sea cierto, será un gran bien para el porvenir, para la cristiandad".

"Vuestra amistad y unión. Por eso os ruego humildemente, señor e hijo mío que pensáis en ellos, y mandéis que sea tratado como príncipe y que me permitiría que sea servido de modo que yo pueda saber de él. Haciéndolo así os quedará reconocida una madre a quien vos distéis ese nombre, otra vez os ruega".

Vuestra muy humilde madre.

Luisa.

Madam: (1)

"He recibido la carta que habéis escrito por el Comendador de Peñalosa y de él también supe lo que habéis dicho de todo lo que a El le ha placido

permitir, y espero de su Divina Providencia, que sea camino para que toda la cristiandad, pongámos paz con los infieles."

Carlos.

En algunos aspectos la batalla de Pavía, marca el cénit de la carrera de el monarca español, y ciertamente que la victoria fué enorme, y tenía en sus manos, al más poderoso de sus enemigos. Cuando el soberano tuvo la noticia de su triunfo la recibió con calma; no dió muestras de júbilo, y esto se debió que a pesar de ser muy joven, se daba cuenta de que Europa estaba celosa de su poder. En Italia se hallaban alarmados por este triunfo y la intranquilidad se apoderó del país. Los ingleses se encontraban molestos con el emperador y Wosley, solapadamente se había acercado a María Luisa de Saboya, regente de Francia.

EL REY FRANCÉS EN MADRID.—Después de un tardado viaje lleno de acontecimientos, llegó Francisco a España, el 14 de agosto de 1524, y desde el primer momento comprendió el emperador que debería dejarlo en libertad; pero valiéndose de cierta severidad e imponiendo condiciones.

Francisco I había pensado que lo trataría como huésped real, pero se equivocó porque se le confinó en el castillo de Madrid. Cayó peligrosamente enfermo; la enfermedad hizo rápida evolución en la salud del joven monarca, y llegó a estar tan grave que se creyó que difícilmente sanaría. El emperador que se encontraba en Toledo, tuvo que venir apresuradamente a verlo. Al fin sanó totalmente, y poco después se le veía con mucha frecuencia pasear con el soberano español.

CONDICIONES PARA LA LIBERTAD DEL FRANCÉS.—Constituía en la restitución del ducado de Borgoña; la devolución de la parte de Artois que los reyes de Francia habían tomado. La provincia, el delfinado del duque de Borbón; entregar a Inglaterra la parte del territorio francés que decía le correspondía; que renunciara a las pretensiones sobre Nápoles y Milán. A esto último, protestó el rey de Francia, pero al fin se firmó el tratado en Madrid, redactado en la siguiente forma:

CONCORDATO DE MADRID DE 1524: Libre trato entre los súbditos del rey francés y los del reino español. Restitución completa del ducado de Borgoña, teniendo de plazo para hacerlo, seis semanas después de su libertad. El 18 de marzo el rey Francisco entraría a su reino por Fuenterrabía, y dejaría en rehenes a sus hijos el Delfín y el duque de Orleans, los cuales permanecerían en aquel estado hasta que se cumpliera el tratado. Renuncia absoluta por parte del rey Francisco de los estados de Nápoles, Génova, Artois y de todas las demás tierras y señoríos. Casamiento del rey Francisco con la reina Leonor, hermana de Carlos, la cual iría a Francia, en cuanto quedaran libres por parte del rey Francisco de los estados de Nápoles, Génova, Artois y de Albert, renunciaría a ser rey de Navarra, El rey de Francia debería sostener doce galeras, siempre que el emperador quisiera pasar a Italia. Pagar al rey de Inglaterra ciento cincuenta mil ducados anuales. Restituir al duque de

Borbón todos los estados de sus reinos y bienes. Dar libertad al duque de Orange y devolverle su principado. Igualmente a madam Margarita y al marqués de Saluzzo, todo lo que poseían antes de la guerra. Que estos soberanos suplicaran al Papa que reuniera a un concilio general para el bien de la cristiandad. El rey Francisco, en cuanto llegara a Francia, rectificaría los capítulos de la concordia.

Si cualquiera de estos capítulos no fuera cumplido, el rey tenía que volverse a la prisión. Tal tratado, por lo humillante y deshonesto causó grande sorpresa en Europa; pero se confiaba en que se realizaría.

Al fin Francisco quedó en libertad. Salió acompañado del virrey Lannoy, y del condestable Iñigo de Velasco. Ya en Francia, el virrey le dijo: "Señor, ya estáis en libertad, ahora debe cumplir vuestra alteza, lo que ha prometido como buen rey". Apenas el soberano pisó tierra francesa cabalgó hacia San Juan de Luz, diciendo: todavía soy rey. De ahí siguió hasta Bayona, sin detenerse y sin cumplir la rectificación del concordato pretextando que el Parlamento lo tenía que confirmar.

Fácil es comprender que esta falta de cumplimiento había de traer trastornos, y que la rivalidad entre los soberanos debería ser mayor. Tal parecía que estos dos monarcas, estaban destinados a tener conmovidos a toda Europa.

VI.—GUERRAS DE ITALIA.—TRATADO DE CAMBRAY.—PAZ DE LAS DAMAS.

Guerras de Italia.—Los italianos querían libertarse del yugo de los españoles. Como Lannoy había trasladado secretamente al rey francés a Madrid, sin decirle nada a Borbón y a Pescara, esto molestó mucho a los dos jefes. Carlos fué a la corte a hecharle en cara al virrey, delante del monarca, su falta de confianza. Pescara se quedó con el ejército lleno de coraje por lo ocurrido. Estaba descontento por que el rey, no le había premiado con lo que él quería. Un consejero del duque de Sforza llamado Morán, era el que más trababa en contra del emperador. Pensó que si excitaba los celos de Pescara, conseguiría lo que él quería. Empezó a decirle que él era el hombre de Italia, y que, para vengar los agravios recibidos, y para que al mismo tiempo ganara el camino de la gloria que se eligiera como libertador de su patria, sacudiéndose así, el yugo de la dominación extranjera.

A él correspondía llevar a cabo tan generosa idea y podía ser además, el alma de la liga secreta que se había formado entre el Papa, Venecia, Florencia, Milán y Francia, siendo feudo de la Santa Sede. Así podía ser cierto de que los aliados le darían con gusto aquella corona y que el pontífice le otorgaría la investidura.

En un principio la proposición lo tentó, pero después de consultar con personas doctas, acabó por rechazar pensando en que le horrorizaría cometer una traición, o porque veía dificultades en la empresa, o bien porque el duque que se hallaba en Milán, estaba muy enfermo, y si éste moría, él podía ocupar el mando de esa ciudad.

Resolvió así contárselo todo al soberano para que le diera el título de gobernador. Al saberlo Carlos reprendió indirectamente a Pescara, diciéndole que por qué había tardado tanto en decirselo, y que ahora, para demostrarle que era adicto, debería seguir en la liga hasta que consiguiera arrancar el secreto de todos los planes. Pescara citó a Morán a una conferencia en Nevara, éste asistió sin ningún recelo; expuso todos los planes que tenía y se explayó. Después de que terminó la conferencia vió salir con gran sorpresa a Antonio Leyva, que lo tomó preso y lo llevó al castillo de Pavia.

Pescara salió entonces con un ejército para atacar al conde de Sforza; éste ya había sido informado de que su canciller había sido preso. Viendo que no había remedio para otra cosa, decidió entregar la fortaleza y ciudades, reservándose sólo los castillos de Cremona y de Milán, para seguridad de su persona. Pero el jefe de la tropa, no conforme con esto, puso sitio a Milán y pidió al emperador que le dijera a Sforza que entregara los dos castillos y que, al mismo tiempo, le diera licencia para tomar la ciudad de Florencia y Parma que tenía el Papa.

Pero Carlos no quería romper con él. El pontífice le mando un delegado diciéndole que si le quitaba Milán a Sforza, que pusiera en su lugar a Carlos

de Borbón, o bien a Jorge de Austria. El emperador contestó que en tal caso, le correspondería a Carlos de Borbón.

Después de que Francisco I estuvo en libertad, no contento con haber quebrantado el tratado de Madrid, desde Bayona escribió a Enrique VIII dándole las gracias por el tratado que había hecho con su madre; más tarde pidió al Papa su ayuda en contra del emperador. (1)

El 2 de enero de 1526 se formó la llamada Santa Liga o Liga Clementina entre Francisco I, Clemente VII, la Señoría de Valencia y el duque de Milán, en contra del emperador. El rey de Inglaterra, sin entrar directamente a la liga, aceptó el título de protector de la confederación, bajo la promesa que debería de darle un principado en el reino de Nápoles. Después de la conquista de Italia, en esta liga, Carlos debería de poner en libertad mediante una cantidad que se ofrecía como rescate por los hijos del rey de Francia, los cuales estaban en rehenes, y que dejara a Sforza en la posesión de Milán. De no ser así se levantaría un ejército para arrojar a los imperiales del Milanésado.

El Papa relevó a Francisco I del juramento hecho al emperador con motivo del concordato de Madrid, y escribe, diciendo: "Si quiere la paz bien, si no sabe que no faltan armas ni fuerzas para libertar a Italia, que es la República cristiana".

El emperador no estaba dispuesto a ceder en ninguna forma porque el tratado debería de cumplirse conforme a lo estipulado, entonces mandó al virrey Lannoy y a Alarcón a que Francisco I reconociera lo pactado, o que en su defecto, regresara a la prisión. Pero éste con muchas artimañas los llevó al consejo de los Borgoñeses, y dirigiéndose a ellos, les dijo: "Estoy comprometido con el emperador para entregar Borgoña y los demás estados; pero el consejo había acordado que lucharía hasta el último de sus hombres, antes de entregar lo que les pedían."

Los embajadores de Carlos regresaron para informarlo de la contestación dictada por Francisco I. La lucha no se hizo esperar y se declaró la guerra; el emperador se aprestó a reforzar el ejército, y lo primero que hizo, fué fortalecer a la familia de los colonos, que eran rivales de Clemente V, y del ejército de Italia.

Pero Francisco no cumplía con el tratado de Cognac, en el que se le pedían refuerzos; pero él hizo poco caso de esto. Al fin, decidió mandar un ejército; pero éste llegó demasiado tarde, por que Carlos de Borbón ya había tomado el Castillo de Milán, entregado por Sforza, al no poder resistir la fuerza del ataque.

El rey francés escribió al emperador arreglando el rescate de sus hijos, pero Carlos se mostró inflexible, y al ver Francisco que no accedía, escribió una apología en contra del emperador y del concordato de Madrid, el cual contestó el rey español. Al mismo tiempo, mandó una epístola al pontífice he-

chándole en cara su proceder y que había olvidado la ayuda que le había prestado, y que a cambio, esa era la forma en que le pagaba. Después, se dirigió al colegio de Cardenales, rogándoles que se llevara a cabo el concilio, pues la iglesia se hallaba en grave peligro.

Otro golpe que se descargó sobre el pontífice, fué que el general Colonna y el conde de Sessa, hicieron una conspiración con mucho sigilío, ya que estaba todo perfectamente arreglado.

Un día menos pensado el Papa pudo ver por las calles de Roma, una hueste de 5.000 hombres a cuyo frente iba Moncada. El jefe de la iglesia asustado y no sabiendo qué hacer, se refugió en el castillo de San Angelo, en tanto que el ejército se dedicaba al saqueo del Vaticano; la iglesia de San Pablo; la iglesia de Burgos y la casa de los ministros adictos a él. Pronto se vió atacado en el castillo donde tenía su refugio; viéndose privado de los alimentos pidió la capitulación a Moncada, diciéndole que él era amigo del emperador; que él había entrado a la Liga por que le habían forzado a ello, y también, porque lo hacía en beneficio de la paz. El jefe imperialista puso las condiciones que mejor le parecieron.

Tregua de cuatro meses entre el emperador y el Papa.—Qué su Santidad retirara el ejército que tenía en Lombardía; que perdonase a todos los colonenses y que los admitiera en su gracia y privanza, y que, don Hugo entrara con su tropa a Nápoles.

El Papa accedió a todo. Apenas había retirado su ejército entraron los alemanes al frente de Framberg. A Nápoles, llegaron Lannoy y Alarcón, con 7,000 soldados, entonces el Papa rompió la capitulación y empezó a atacar a las colonenses, y al final de cuentas los excomulgó.

Las fuerzas de Moncada y de Franderburg, se unieron para pelear en contra del pontífice. Este hizo de la Ciudad Santa, un verdadero campo de batalla.

Las tropas imperiales que estaban en Milán, hacía tiempo que vivían del merodeo en el desdichado país de Lombardía, debiéndose a diferentes causas: la tierra se hallaba agotada, los soldados sin paga y sin recursos, los jefes empobrecidos, los naturales en completo estado de miseria, y hasta en los templos faltaba la plata.

Los soldados se entregaban a toda clase de desórdenes y desmanes, viéndose precisado el condestable de Borbón, a desplegar un sistema enérgico y de tiranía, para poder mantener en orden a su gente. La llegada de los alemanes aumentó la fuerza; pero a cambio empeoró la situación económica. Era necesario e indispensable sacar del país al enjambre de consumidores, y para pagarles tuvieron que vender al capitán Morón en 200,000 ducados.

Borbón sacó al ejército de Milán dejando la ciudad en manos del conde Leyva. Por el camino se unió a los hombres de Franderburg y logró formar un ejército de 25,000 hombres, todos de diferentes clases y creencias.

Su Santidad empezó a creer que éste ejército atacaría a Roma o a Floren-

cia, y un tanto espantado hizo un tratado con el virrey Lannoy, en el cual pedía tregua de ocho meses entre el ejército pontificio y el virreynal; que los colonenses fueran repuestos en todas sus categorías y dignidades; que el Papa anticipara 6,000 ducados para los gastos del ejército imperial, y que éste, iría a Roma a impedir la entrada de Borbón. Con todo esto el Papa se consideraba seguro y confió ciegamente, procedió a licenciar a sus tropas y solamente conservó a los suizos.

El virrey trataba de buena fé. Mandó un mensaje a Borbón diciéndole que había hecho un tratado con su Santidad pidiéndole que detuviera su marcha. Carlos contestó que solamente recibía órdenes del emperador. Lannoy intentó conseguir una entrevista con él; pero éste la eludió y continuó avanzando. Pronto el pontífice vió que se acercaba el ejército; armó a sus cardenales y criados. Sin embargo, la suerte estaba de parte de Borbón, porque cuando iba a comenzar el ataque, una espesa niebla los envolvió, y el pontífice no pudo ver los preparativos.

Carlos dividió a sus hombres en tres secciones para poder atacar la muralla. Todos se pusieron una camisa blanca sobre su armadura, y les habló diciéndoles: "Heal amigos, vais a combatir a Roma, la cabeza del mundo. Ved que la honra del emperador está en vuestras manos, espero que correspondéis a la fama de ser los mejores. (1)

Se dió la voz de asalto. Empezaron a escalar la muralla con escalas de mano; pero todos caían ante el nutrido fuego de la artillería. Cuando empezaban por desanimarse, el propio Borbón tomó una escala y al ir llegando a la meta, recibió un tiro arcabuz que lo hirió cayendo al foso.

Viendo que iba a morir, pidió a su amigo que lo cubriera con su capa a fin de que sus soldados no lo reconocieran. Su muerte no se pudo ocultar, pero sus soldados no desmayaron; sino que por el contrario, se lanzaron como leones en contra de la muralla.

Entonces los alemanes arrancaron la artillería a los del Papa y obrieron brechas para que entraran los españoles. Se dispersaron por la ciudad. Mataron y degollaron a los romanos sin respetar ni edad ni sexo. El pontífice se dió a la huida con algunos de sus cardenales al castillo de San Angelo.

Los soldados, ya sin jefe, cometieron toda clase de desórdenes. Al fin Filiberto de Celona, consiguió que los soldados diera una tregua al desenfrenado saqueo, y les habló espetándoles que les ayudaría a sitiar el castillo donde se había refugiado el Papa.

Muy pronto, el jefe de la iglesia, vió el gran error que había cometido al resguardarse en el mismo lugar donde ya una vez se habla rendido. Creyó que lo ayudarían, pero vana fué su ilusión. Pudo ver que el conde de Utrech sólo ondeó banderas, pero no se acercó; el marqués de Saluzo sólo hizo alarde con sus fuerzas. Todos daban por muerto al Papa y pensaban repartirse sus despojos.

Se obligó al pontífice a pagar 4,000 ducados al ejército imperial y entregar las ciudades de Ostia y Parma, y casi todas las plazas fuertes de la iglesia y que, permaneciera preso, hasta que se cumpliera la capitulación.

Se deseaba saber cómo recibiría esta noticia el emperador, quien había mandado ya un mensaje al Papa. Hizo suspender todos los festejos que iban a hacer en honor de su hijo Felipe. Se vistió la corte de luto y se hicieron rogativas por la libertad del pontífice. Al mismo tiempo, el soberano se disculpó diciendo que no era cosa suya todo lo ocurrido en Roma; pero el Papa decía amargamente: "El rey hace todas estas manifestaciones, pero no da orden a sus generales de que me dejen en libertad".

Italia pareció sacudirse del estupor para unirse y combatir a su soberano. Francia e Inglaterra, no obstante las promesas de Carlos se unieron para libertar al Papa, y al mismo tiempo a los príncipes que aún estaban presos.

Tratado de Cambray. (1)

La Alianza de Francisco I y Enrique VIII se celebró en agosto de 1527 en Amiens. Las bases principales del pacto, fueron las siguientes: El matrimonio del duque de Orleans con la princesa María de Inglaterra; la guerra contra el emperador cuyo teatro sería otra vez Italia y si no aceptaban las condiciones que se les estipulaban, entonces Francisco I daría los soldados y Enrique VIII los subsidios para la guerra en contra del emperador.

La guerra principió mandando el rey de Francia un ejército a las órdenes de Lutrec, que conocía la negligencia del rey. Aceptó con repugnancia el cargo; marchó a Italia y sus primeras batallas lo llenaron de gloria; cierto es también que en Italia existía un ejército imperial. Lutrec se apoderó de Génova y estableció el dominio de los degrosos; arrojó a los imperiales de Alejandría y se adueñó de la parte del Ticini y también de Pavía, que le traía tan funestos recuerdos.

El duque de Sforza quería que marchara sobre Milán; pero Lutrec tenía instrucciones de dirigirse a Roma. El Papa desesperado por que las promesas de Carlos no se cumplieran decidió fugarse; se disfracó de mercader y una noche salió por la puerta posterior del Vaticano. Se fué a Orvieto, al campo de la Liga, y desde ahí escribió a Lutrec dándole las gracias por sus intenciones.

Habían llegado embajadores de Francia e Inglaterra para negociar la libertad de los príncipes. El emperador accedía a rectificar el tratado de Madrid con tal de que el rey de Francia retirase sus tropas de Italia, y le restituyeran Génova, y además, le dieran dos millones de ducados en oro.

El monarca francés, envanecido por los últimos triunfos recibió con modo altivo las proposiciones de Carlos, y le exigió le devolviera a sus hijos.

El tono de Francisco encolerizó al monarca español, y contestó que no cedería un ápice de lo que había ofrecido. Los embajadores que ya llevaban instrucciones acerca de la contestación del emperador le declararon la guerra.

Francisco I despachó un heraldo con el famoso cartel que decía: (1)

(1)—Historia de España, de Modesto la Fuente. Tomo II.

(1)—Historia de España, de Modesto la Fuente.

"Nos Francisco por la gracia de Dios rey de Francia, Señor de Génova, etc., a vos Carlos por la misma gracia electo emperador de Roma, rey de España, hacemos saber, que hemos sido informados de la respuesta que disteis a nuestros embajadores, enviados cerca de vos para el bien de la paz, nos habéis acusado que teníais nuestra misma fé, y sobre ella juramos que nos vamos de vuestras manos para defender nuestra honra. Hemos querido enviaros este cartel aunque no es nuestra obligación. Que esta ofensa nos sería harto suficiente para haceros entender que habéis querido haceros cargo de nuestra fé, y libertad sin haber hecho jamás cosa alguna. Que un gentil que ama su nombre no haría lo que vos hiciste. Os decimos que habéis mentido, y que tantas veces os dijera mentiríais. Estamos dispuestos a defender nuestra honra hasta el último instante de nuestra vida. Por tanto que vuestra vida habéis querido haceros cargo, de aquí, en adelante no escribáis sino para señalar el campo y luchar con las armas. Protestando que si después de esta declaración desís o escribís palabra contra nuestra honra, la vergüenza de la dilación del combate será vuestra."

Fecho en nuestra villa y ciudad de París el 25 de enero de 1525.

FRANCISCO.

Contestación al cartel de desafío. (1)

El emperador contestó diciendo que aceptaba darle el campo y aseguraba por todos los medios razonables, señalando para el combate el sitio de Fuente rrabía y Bendaya, y para conocer la elección de las armas: "Pretendo que a mí y no a vos en conclusión que no haya longuerías ni dilaciones, podemos enviar gentiles hombres para pláticas y concertar así la seguridad del campo, con la elección de las armas, el día del combate y la vista que tocará a este efecto. A los cuarenta días de esta presentación si no respondéis y enviáis de vuestra intención sobre este bien, se verá que la dilación del combate es vuestra y que esto será apuntado y adjuntado por la falta de no haber cumplido, con lo que prometisteis en Madrid."

Fecho en Monzón en mi Reino de Aragón, 27 de junio de 1528.

CARLOS.

Carlos mandó al rey de armas para que fuera a arreglar el campo de batalla; pero éste tuvo muchas dificultades al encontrarse con toda clase de obstáculos que se le pusieron. En Bayona, recibió el salvoconducto para ir a París, pero el monarca francés evitaba siempre la entrevista. Al fin fué recibido pero no se le permitió leer el mensaje. Entonces el borgoñez regresó a España para darle cuenta al emperador de lo acontecido.

Una vez informado, el emperador consultó al consejo de Castilla acerca de lo que debería hacer, y después de la deliberación, le dijeron: puesto que el rey francés había rehusado leer el reto, era señal de que quería eludir el combate, y que por tanto, no estaba obligado a llevarlo a efecto y que desde ese momento se encontraba en libertad para decir al que le pareciese, cómo cumplía el rey de Francia sus promesas y lo que ofrecía.

11.—Historia General de España, de Modesto la Fuente.

Durante la reyerta de los dos monarcas, Lutrec decidió arrancar al emperador el reino de Nápoles; pero el duque de Orange, que estaba al frente del ejército, salió de Roma flanqueando los Apeninos, con el fin de cortarle el camino a los franceses.

Lutrec quiso darles batalla pero los jefes españoles la esquivaron, en tanto que el jefe francés se entretuvo en conquistar algunas plazas de poca importancia, el ejército imperial se puso a salvo en Nápoles.

El virrey Moncada y el marqués de Vasto atacaron la flota genovesa; pero con tan poca suerte que fracasaron en su intento muriendo Moncada, y Vasto junto con otros oficiales fué enviado a Filipino Doria.

El almirante Doria era genovés, de carácter independiente, altivo como buen republicano; abogaba por la libertad de su patria y lo hacía con la independencia y franqueza de quien tiene más de marino que de cortesano, cosa que disgustaba mucho a los palaciegos y aduladores de la corte del rey Francisco. Trataron de evidenciarlo con el monarca para que el genovés recibiera desaires.

El almirante pidió por su patria con carácter enérgico y rudo, lo que indignó mucho a Francisco, que aconsejado, le quitó el mando de las raves, y dió orden para que se le aprehendiera.

El marqués de Vasto, que aún se encontraba preso, conoció el resentimiento que tenía el marino y mañosamente le proponía ciertas ventajas aconsejándole se pasara del lado del emperador. Carlos sabía de la gran valentía de Doria y entró en negociaciones con él, asegurándole que le daría la libertad de su patria. En tal estado estaban las cosas que cuando recibió la noticia de su prisión, no vaciló más; disolvió las galeras francesas, y entró al servicio del emperador acompañado de doce genoveses percibiendo un sueldo de 60,000 ducados.

Una vez que todo estuvo arreglado satisfactoriamente, se dió a la vela para ayudar a los de Nápoles en contra de los franceses. Para esto, Lutrec ya había muerto a consecuencia de una peste que se desarrolló, quedando al mando de las tropas el marqués de Saluzzo, que hizo una desastrosa retirada.

En esta lucha Francia perdió a Génova, y Doria aprovechó la ocasión para darle la libertad a su patria. Los genoveses nombraron gobernador a Doria pero él no aceptó. Les dijo que él quería ser ciudadano y se conformaba con haber sido el salvador de su patria. (1).

Ya se hacía sentir la paz de uno y otro lado y el emperador quería ir a Italia para recibir la corona de manos del pontífice, el cual pensó que obrando de esta manera podría recuperar el patrimonio de la iglesia haciendo previos tratados con Carlos.

NEGOCIACIONES ENTRE EL PAPA Y CARLOS.—Consistieron en lo siguiente: Dejar el paso libre por Roma al ejército imperial que venía de Ná-

poles; poner en su frente la corona imperial; darle la investidura sin otro feudo que la hacanea blanca de cada año. Que el duque de Milán se sometiera al fallo de los jueces imperiales, que serían absueltos todos los que tenían culpa en el saqueo de Roma. Que el emperador, su hermano y el Papa Clemente, por grado o por fuerza trajeran a los luteranos al catolicismo.

El emperador, por su parte, se comprometía a devolver los bienes de la Santa Sede. Todas las ciudades que habían sido ocupadas por los venecianos. Establecer el gobierno de Médecis. Que daría en matrimonio a su hija natural Margarita al bastardo Alejandro de Médecis, jefe de la familia y que tomaría el título de duque.

LA PAZ DE LAS DAMAS.—Las damas se dieron a la tarea de llevar la paz en Europa, para lo cual se dieron cita en Cambray. Sin intermediarios éstas, fueron: Margarita de Austria Vda. de Saboya, tía del emperador y María Luisa de Saboya, madre de Francisco I, mujeres inteligentes y versadas en negocios públicos y secretos. El tratado de paz que ellas hicieron, sirvió de base para el tratado de Madrid, que se estipuló de la siguiente manera: (1).

Que Francisco pagaría dos millones de ducados por la libertad de sus hijos y entregaría todo el Milanésado. Ceder sus derechos al soberano de Flandes, renunciando igualmente a sus pretensiones por Milán, Génova y Nápoles y demás ciudades.

Carlos, por entonces, no pediría la Borgoña con la reserva de hacerlo algún día.

(1).—Historia de España, de Sandoval.

ayuda lograron tomar un lugar de la montaña, que se llamó de los cristianos, y muy pronto los vencieron los españoles, plantando la bandera en las almenas del castillo de los sarracenos. Posteriormente los prisioneros fueron llevados a Valencia en donde se les bautizó como cristianos.

LAS CORTES.—En España existían muchas cortes. Todas tenían iguales derechos y se habían establecido en distintas épocas. En Toledo en 1529; en Valladolid en 1527; la de Monzón en 1528, etc. Todas estas cortes sufrieron un gran menoscabo cuando el emperador les dijo que él iba a gobernar sólo; aunque Carlos pensaba reunir las para obtener subsidios.

CARLOS EN ITALIA.—Al desembarcar Carlos en Italia, los hombres de Andrea Doria lo agasajaron y le llamaron su salvador. Todos los príncipes de las ciudades italianas fueron a rendirle homenaje, excepto Venecia y Florencia.

Los italianos pensaban que Carlos era un individuo de aspecto hosco, y de modales ásperos; pero se quedaron muy sorprendidos al ver un hombre de aspecto muy distinguido, con lo cual los habitantes cambiaron de criterio diciendo que el soberano, no era el causante de las desgracias de Milán y de Roma.

Había dos asuntos que interesaban vivamente la atención de Carlos: uno, que en Alemania había nacido una nueva religión, y el otro, de que había un nuevo ejército en el territorio de Austria.

El duque de Sforza fué el que con más tenacidad pidió ver al emperador para que se firmara la paz. Valencia pidió también al emperador que perdonara las ofensas. El soberano por contestación dijo que si entregaban la ciudad al Papa y dos mil ducados, todo quedaría perdonado.

El emperador era esperado en Bolonia, en donde se le dispuso un recibimiento con gran pompa; se le condujo bajo palio hasta el estrado del pontífice, y ahí se dieron el abrazo que sellaba la paz. Después de esta ceremonia, recibió al duque de Sforza, quien venía a darle las gracias por el nombramiento que había recibido como conde de Milán.

Terminados todos los asuntos y tratando de fundar la paz, se celebró un tratado universal, en el que formaban parte el Papa, el emperador, los reyes de Francia, Inglaterra, Escocia, Hungría, Bohemia, Dinamarca y las Repúblicas de Venecia y los cantones de Suiza. El tratado fué publicado el primero de enero de 1530. (x).

Después se procedió a la coronación de Carlos el día 24 de febrero de 1530. Recibió dos coronas: una como rey de romanos, y la otra como la célebre de Lombardía.

Más tarde el emperador se dirigió a Florencia para atacarla por medio de las armas. Un ejército español llegó a la ciudad; la sitiaron por algunos meses resistiendo heroicamente su jefe la Mala Testa, pero la necesidad les

hizo ceder teniendo que entregar la ciudad, a cuyo frente de esta república se puso a Alejandro de Médices, con derechos de sucesión.

GUERRA DE LOS TURCOS.—El infiel amenazaba a España y al Danubio. Ya el imperio otomano se había extendido desde Egipto hasta Belgrado, y desde el momento en que entró en acción un hombre de empresa como Barba Roja, las campañas en el norte de Africa y del Mediterráneo, adquirieron una nueva modificación. Ya no hubo aventuras aisladas; sino que los otomanos, hicieron incursiones en el reino español. Barba Roja servía a Solimán, y éste tenía como aliado a Francisco I.

Se hicieron muchos ataques a los turcos, pero el más importante fué el de Hugo de Moncada. Salió de Sicilia con 5,000 hombres y cuarenta barcos; se apoderó de una posesión próxima a la ciudad, pero la vacilación de sus oficiales le impidió aprovecharse de su éxito.

Un turco llamado Kheiresim por medio de una estratagema, le hizo abandonar su atrincheramiento, y quedaron a merced de los turcos, y lo que antes había sido un éxito se tornó en un fracaso.

Barba Roja tomó el norte de Africa, tratábase de una población que estaba al mando de Vélez de Gomara, y cuando éste trató de recuperarla sufrió una desastrosa pérdida de lo más humillante para los españoles cuando se hizo la toma del Peñón de Argel. Esta fortaleza era un fuerte obstáculo para Barba Roja.

Por otra parte, casi simultáneamente Génova era atacada desde el Mediterráneo por los navíos de Barba Roja, entonces, el emperador decidió marchar con los mejores barcos de su flota. Ya en las aguas del Mediterráneo surgió de repente Gracia Diablo, uno de los más atrevidos e intrépidos capitanes del famoso corsario. Desembarcó en Valencia. Invadió la comarca e hizo gran cantidad de prisioneros.

La noticia llegó a oídos de Carlos quien mandó a su almirante Rodrigo de Fortundo con ocho galeras para cortar la retirada al pirata. Las dos flotas se encontraron a la altura de la Formentera, sufriendo los españoles otro gran descalabro.

Rodrigo murió y seis de sus galeras fueron llevadas a Argel donde fueron quemadas por Diablo. Los pocos que lograron escapar, llevaron la triste nueva a Ibiza.

Carlos ordenó al almirante que atacara Cheronel, que era un verdadero nido de piratas; pero la empresa no era nada fácil, sin embargo, en la costa de Africa fueron abatidos por el almirante, lo que constituyó un gran éxito para Andrea Doria. Tomó la población y libertó a muchos cristianos que se hallaban cautivos.

Se sabía que Solimán estaba preparando una expedición para el Danubio por lo que Carlos formó un ejército de españoles e italianos para batir al sultán. Andrea Doria pasó por el estrecho de mesinas con cuarenta y cuatro ga-

leras y con doce mil hombres. Tomó Corón, que se hallaba sobre el promontorio del sudeste del Peloponeso y dejó a 25,000 hombres a las órdenes de Jerónimo de Mendoza. También tomó los dos castillos que guardaban el Golfo de Corinto.

Solimán trató de recuperar Corón; pero Alvaro de Bazán por un lado, y por el otro Andrea Doria, dispersaron a sus huestes.

Carlos tuvo noticias del pacto que habían hecho Francisco I y Solimán. Entonces él trató de hacer uno con el Saaha de Persia, en contra de los turcos. El emperador se enteró de la alianza franco-turca en una entrevista que tuvo con el Papa, en que se hizo alusión al caso.

Barba Roja tenía su atención puesta en Túnez, y pensó que tomando este lugar sería magnífico para el sultán. Al saberse esto, se fortificaron las poblaciones, y Alvaro de Bazán y Andrea Doria, estaban listos para el ataque.

La ciudad de Túnez se encontraba situada al este de un lago de aguasalada y poco profundo. La goleta, era de hecho, la llave de Túnez, y dominaba perfectamente la llegada de los barcos. Era una torre rectangular con dos muros bastante fuertes y bien fortificados. El gran asalto a la goleta, se llevó a efecto el 14 de julio y se dirigió la puntería hacia las torres logrando derribar una de ellas, que sirvió para sembrar la consternación en la fortaleza.

Los españoles al mando de Alvaro de Bazán, con escalas portátiles escalaron la muralla, y después de una enconada lucha con los turcos los españoles salieron triunfantes. El ejército empezó a avanzar a lo largo de la costa norte; la sed que sentían los soldados era tremenda, pero el emperador los guió hasta donde se hallaban los pozos de agua dulce. Como esto ya lo tenía previsto Barba Roja, desplegó al ejército turco de manera tal, que los cristianos que querían beber agua se veían obligados a pelear. Efectivamente, así sucedió conforme al plan imaginado; pero a la postre vencieron los españoles.

En Túnez había muchos cristianos cautivos y éstos ayudaron al ejército para entrar a la ciudad. Los turcos trataban de congraciarse con el emperador, pero éste había prometido a sus soldados el libre saqueo, y la captura de esta ciudad, marca sin duda alguna, el apogeo del poderío español; pero aún no se había capturado al temible pirata Barba Roja.

El monarca español pensó que ya se había desembarazado de él, pero pronto se dió cuenta de su error, porque además había aparecido un buen discípulo llamado Draguit. El emperador salió con treinta y cinco barcos hacia la costa tunecina, sitió la ciudad de Africa, que estaba muy bien fortificada, y mandó traer nuevos contingentes para llevar a cabo la empresa; pero entonces se rumoraba que Draguit no se encontraba en Africa por que éste había elaborado un plan en contra de los españoles que consistió en emboscarse entre los olivares y ordenó a sus hombres que cuando el enemigo llegara en busca de leña los atacaran.

En efecto, así aconteció y el pirata con una lanza en la mano se acercó

a los españoles para atacarlos, entonces Andrea Doria hizo sonar el fuego de su artillería y logró dispersar a los piratas. No sin muchos trabajos lograron abrir una brecha: los españoles en la ciudad sitiada y se prepararon para el asalto. El ejército se dividió en tres partes debido a la buena fortificación de los turcos, y el combate fué bastante reñido para los españoles que empezaron a desanimarse. Al fin, Fernando Silva penetró por una de las brechas y atacó a pedradas a los turcos. La lucha siguió ferozmente encarnizada hasta que pudieron vencer los cristianos con gran pérdida de vidas. Tal era el estado de las posesiones españolas de uno y otro lado de las costas del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultán y los corsarios turcos.

SUBLEVACION DE GANTE.—El emperador volvió a salir de España porque los gantenses se sublevaron debido a que la reina María, había fijado un nuevo impuesto, y éstos querían que lo retirara hasta que el monarca viviera sus títulos de inmunidad. Pero el rey dijo que tenían que obedecer a su hermana como si fuera él mismo, pero que si se sentían agraviados, entonces consultarán al consejo de Melinas, el cual también los rechazó.

Con este motivo, se levantaron en armas y mandaron un emisario al rey de Francia, diciéndole que lo reconocerían como soberano, y que además le ayudarían a recuperar las ciudades de Flandes. Francisco veía muy lisonjero todo esto, pero no quiso romper con el emperador y resolvió a darle aviso de lo que sucedía.

El monarca decidió obrar con toda la energía, y para hacer más rápido su viaje, le pidió al soberano francés, que le permitiera pasar por su país, y que a cambio le daría el ducado a uno de sus hijos.

Francisco le concedió lo que pedía, porque a fuerza de generosidad deseaba que el soberano no le negara lo que él anhelaba. Así, Carlos penetró a Francia y por donde quiera que pasó fué agasajado; se dirigió hacia Flandes, en la frontera se encontró con su hermana, la gobernadora de esa región. Los flandeses se asustaron cuando supieron de la proximidad del rey, y mandaron emisarios ofreciéndole las ciudades. Carlos, en esta ocasión procedió con mucha crueldad.

VIII.—PRINCIPES Y CORTES.—CASTILLA Y ARAGON.—EL EMPERADOR EN FRANCIA.—NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I.—SITUACION ECONOMICA DEL REINO.

Príncipes y Cortes. Castilla y Aragón.—Los consejeros de Castilla llamaban al soberano para que viniera a España; su reino lo necesitaba. El rey de Francia quería negociar la libertad de sus hijos, que aún se encontraban en calidad de rehenes en el castillo. Su rescate se había fijado en dos millones de oro, pero esta cantidad no la había podido reunir e hizo un préstamo a Inglaterra.

Para llevar a cabo la entrega de los dos príncipes, se concertó una especie de alianza entre el emperador, la emperatriz, el condestable, el rey de Francia y el señor de Praet. Los príncipes fueron llevados hasta la orilla junto con la reina Leonor; se levantó una plataforma en medio del río y a ambos lados se encontraba una lancha, en la del lado francés el dinero, y en la del lado español, los prisioneros; al cruzarse se hizo el cambio.

En ausencia del emperador gobernaba la emperatriz, auxiliada por el consejo de Castilla y de Aragón. Tal parecía que la vida de España se había estacionado y era urgente necesidad que el emperador regresara.

Cumplidos al fin los deseos de los españoles al ver a su soberano en España, después de haber hecho la alianza con los protestantes en Alemania; vencido a los turcos y asegurada la paz en Italia, se mostraban contentos y felices.

El emperador había despachado cartas a los tres estados de Valencia, a Cataluña y a los cuatro brazos de Aragón para celebrar cortes generales en Monzón. Ante ellos, dió cuenta el rey de lo que había acontecido. El pedía a las cortes un subsidio, y éstos le contestaron que lo acordarian. Celebraron la junta y decidieron darle al monarca veinte mil escudos de diez reales pagaderos en tres años en la forma y plazos que expresaban en su acuerdo.

Terminadas las cortes, se fué a vivir a Madrid con su familia. Se había arraigado en Aragón y Castilla, las prácticas de las cortes. Así se volvieron a reunir en 1554 e invitaron al emperador a concurrir a ella para responder a 119 peticiones que los de Segovia le habían dirigido.

Se pedía una colección de leyes de todos los diccionarios de la corte, a lo que el emperador respondió que lo hallaba justo, y dió la orden para ejecutarlo. Esto lo llevó a cabo Pedro de Alcocer, reconociendo un sistema de igualdad, de pesos y medidas, pero principalmente, para artículos de primera necesidad. A la recopilación de las leyes se agregó el ordenamiento enmendado y corregido, y cada villa debería de tener un ejemplar. (1).

Se pidió la modificación de los aranceles eclesiásticos; no permitiéndose a la iglesia la compra ni de monasterios, ni de bienes raíces; que no se diera beneficio a los extranjeros; reducir el número de sacerdotes; modificación sobre la administración y justicia; asuntos de hacienda; de la industria, agricultura y comercio. Reducir el número de licenciados y doctores.

Al pie de estos capítulos se imprimió la cédula de su majestad imperial. Tales fueron las leyes y acuerdos que produjeron las 119 peticiones enviadas a la corte.

EL EMPERADOR EN FRANCIA.—NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I.—El monarca francés, tan luego como hubo firmado la paz de Cambray, sentíase furioso contra el emperador, y buscaba un pretexto para empezar una nueva contienda, y como tal, tomó el de que el duque de Sforza,

11.—Historia General de España, de Modesto la Fuente.

agravió al emperador francés. Este acusó al emperador que él era el autor de tal injuria; pero Carlos no le hizo caso. Entonces recurrió al pontífice Pablo III, pero este eludiendo, no quiso intervenir en la política de los dos monarcas.

El soberano inglés habló con Francisco, diciéndole que si rompía con el Papa él le ayudaría, pero el francés ciego de ira se entregó a una política sin control; pensó hacerse partidario de los protestantes de Smalkalde alabando sus doctrinas. Mandó un emisario a Guillermo de Bu Belly, y aún invitó a Malectón, el más moderno y pacífico de los reformadores que vivían en Francia, para tratar de avenir las sectas reformistas que desunían a la iglesia.

Francisco I para ponerse a tono con el Papa, hizo alarde de su entusiasmo católico; pero la reforma ya había entrado en Francia. Se habían fijado en las calles unos papeles muy indecorosos en los que se insultaba la fe. El rey mandó quitarlos y se hizo una procesión por las calles de París alabando al santísimo, en ella participaban la familia real y el monarca caminaba descubier-to. Aconsejó al pueblo a que siguiera la fe católica, y que el que desobedeciera sus órdenes sería quemado vivo.

Los de la Liga de Smalkalde, se retiraron al ver ésto, y por más esfuerzos que hizo por recuperarlos, ya no le fué posible. Entonces pensó buscar disgustos al emperador y para eso mandó un ejército a Italia, para vengarse de Sforza, y quitarles los estados a los duques de Saboya. El francés quería el milanés para uno de sus hijos, para lo cual envió un emisario para entrevistar a Carlos, a fin de que le diera una contestación categórica; pero el soberano sabía que el francés le andaba haciendo inculpaciones de herejía, y le dijo que si no le daba el milanés, era porque le pertenecía a él, y que además, no estaba dispuesto a pasar por alto los insultos del duque de Saboya.

Carlos organizó su ejército para entrar a Francia, pero Francisco protestó y dijo que no era justo que pelearan los dos pueblos; que lo mejor sería que pelearan los dos monarcas en donde se quisiera, pero como ya la guerra estaba declarada y aunque el pontífice les quiso aconsejar cordura, no le quedó más remedio de ver cómo se armaban los ejércitos.

El emperador quería penetrar a Francia por el Mediodía, en tanto que su hermano penetraba por Picardía, y la gobernadora de Flandes por Champagne. Un acontecimiento inesperado le facilitó la entrada a Francia, y fué que el marqués de Sluzzo había tenido una serie de reyertas con el rey por lo que se pasó al ejército imperial. Pero Monpesat detuvo el ejército enemigo durante tres meses, mientras los franceses se preparaban para defender la plaza de Avignon, Marsella y Arles. La devastación que pensaba llevar a cabo, se extendía desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los confines del Delfinado.

Carlos penetró a Francia. Atacó todas las plazas, pero tuvo que retirarse sin gloria debido a los fracasos que sufrió. Ya tenían algunos meses de lucha, cuando los hermanos del emperador firmaron una paz por diez años, que fué a gusto de los dos reinos.



Cuando el emperador regresaba a España, fué invitado por el monarca francés para que entrara a Francia. Cuando vió que venía la galera imperial, mandó un emisario para que dijera al emperador que él iría a visitarlo a su galera imperial. Cuando estuvieron cerca, se abrazaron cariñosamente. El rey Francisco bajó con el emperador a tierra y juntos entraron al país donde fueron recibidos con grandes festejos.

SITUACION ECONOMICA DEL REINO.—Las guerras habían empobrecido a España, y el emperador quería vengarse de Barba Roja. Pedía a las cortes para llevar a cabo la recaudación que necesitaba para la adquisición de armas y pertrechos; pero las cortes le contestaron que no podían darle más dinero, pero tanta fué la insistencia del monarca que al fin le entregaron una parte de lo que pedía, a condición de que no dejara el reino y viviera cerca de sus súbditos.

Además, la situación del reino no era muy halagadora. Los gastos se excedían mucho a las rentas y cada año se iba empeñando y consumiendo lo de años sucesivos.

El monarca volvió a recurrir a las cortes, y les expuso sus gastos para las guerras, pedía de urgente necesidad le dieran dinero; pero como las cortes se negaron a proporcionarle la cantidad que pedía, entonces el monarca declaró nulas a las cortes en el año de 1539.

En el viaje que hizo Carlos por Francia, cuando aparentemente se encontraban en paz, Francisco buscaba un motivo en contra del emperador para volver a comenzar la tregua y pronto había de presentársele. Un súbdito del rey Francisco, llamado Antonio Rincón, le avisó de los tratos del emperador con el corsario Barba Roja. El rey francés al tener conocimiento de ello, empezó a hacer tratos con la república de Venecia y con el rey de los turcos, en una alianza, para luchar en contra del monarca español.

Envió unos pliegos que debían entregarse a un genovés llamado Oscar Fregoso, pero estos papeles no llegaron a su destino porque el emisario fué asesinado por un individuo enmascarado. Como era de suponerse, Francisco acusó al marqués de Vasto como el autor intelectual del asesinato; éste lo negó, por otro lado Carlos no quiso prestar oídos porque tenía pensado ir a Argel. Entonces Francisco pensó atacar todos los dominios de Carlos presentando cinco ejércitos a la vez. El primero estaba al frente del duque de Orleans que debía esperar en Luxemburgo; el segundo por Enrique, que debería marchar por el Rosellón dirigiéndose a las fronteras de España y tomar Perpiñan, población que se encontraba muy bien establecida de víveres y armas, y por consiguiente presentaría una gran resistencia en la guerra; el tercero estaba a cargo de Guldres Martín de Van Rosen, destinado a Brabante; el cuarto tenía como jefe al duque de Vendome, Antonio de Borbón que tenía como objetivo a los Países Bajos; y el quinto, estaba compuesto por las tropas de Piomonte; al mando del almirante Anehui.

Pero a pesar de todo esto, Francia no consiguió nada, y ambos soberanos se prepararon una vez más para la contienda.

Carlos pidió aliados, le habló al pontífice, pero éste no quería intervenir en la contienda. Entonces se dirigió al rey de Inglaterra e hicieron una alianza en que exigían a Francisco lo siguiente: Abandonar la amistad de los turcos; pagar a Enrique las sumas que le adeudaba; dejar en libertad a Carlos de Borgoña; suspender toda hostilidad en contra del emperador, so pena de invadir todos a Francia. (1).

Esto disgustó mucho al pontífice, pues Enrique VIII estaba desligado de la iglesia. Pero llegó el invierno y las hostilidades tuvieron que ser suspendidas, lo que sirvió para que Carlos y Enrique estudiaran todas las posibilidades para poder invadir a Francia.

El emperador pasó Lorena e invadió algunas poblaciones; puso sitio a Saint-Dinner, mientras los ingleses por su lado cargaban a Menteriuil.

El rey francés estaba abandonado y con poderosos enemigos dentro de Francia; pero esto no lo desanimó. Organizó su ejército y mientras seguía el sitio a la población de Dinner, mandó devastar todas las ciudades para que el emperador no encontrara alimentos, y cuando esta plaza fué tomada, el ejército español no pudo avanzar, porque las ciudades estaban ardiendo. Poco después continuaron su marcha los ejércitos españoles y rumorábase insistentemente de que Carlos entraría a París, y los franceses se aprestaban a la inmediata defensa. Buscaron al rey para saber a qué atenerse, y fué precisamente cuando él llegó a desanimarse, diciendo: "Dios mío, que cara me sale esta corona a quien creía un don Tuyo, pero después agregó... cúmplase tu voluntad". (1).

El rey francés envió al emperador mensajeros de paz. Carlos, por su parte, también la deseaba, y por fin se concertó la paz de Cripuy, el primero de septiembre de 1540. (2).

CAUSAS PRINCIPALES DE LA PAZ DE CRIPUY.—Paz y amistad entre los dos soberanos en que se devolverán recíprocamente todo lo conquistado; restituir a los duques de Saboya y Lorena; unirse para hacerle la guerra al turco; que se daría en matrimonio al duque de Orleans la hija segunda de su hermano Fernando, la princesa María.

Este tratado disgustó mucho al Papa, al Delfín, al Sultán y al rey de Inglaterra, que éste último hizo continuar la contienda.

El emperador que estaba dispuesto a cumplir con lo pactado licenció a las tropas. El casamiento del duque de Orleans no se efectuó por haber muerto la princesa a consecuencia de una fiebre maligna, y como este acontecimiento dejaba sin cumplir una de las cláusulas del tratado, el rey Francisco pedía una indemnización, cosa que esquivó el emperador.

Europa gozó de un período de paz, debido en gran parte a la muerte del famoso pirata Barba Roja.

*1.—Historia de España, por Ortega Rubio.

(1).—Historia de España, de Sandóval.

*2.—Historia de Europa, de Modesto la Fuente.

IX.—TRIUNFOS DEL EMPERADOR.—CARLOS Y ENRIQUE II DE FRANCIA, PAPEL QUE CARLOS DESEMPEÑABA EN LA RELIGION.—MUERTE DE LUTERO Y CONCILIO DE TRENTO.—GUERRA DE RELIGION.—ABDICACION DE CARLOS.

El emperador había paladeado sus triunfos, y aunque la paz reinaba aparentemente en Europa, el rey de Francia sentía un profundo odio contra el monarca ibero. Por aquel tiempo, Carlos quería que se impusiera la inquisición; esta comisión se la dió a Pedro de Toledo. Los napolitanos se rebelaron, no la querían, pues ya desde la época de los reyes católicos, se habían negado a aceptarla. Se quejaron al Papa mandando éste un pliego a Carlos en donde le decía que se abstuviera de inmiscuirse en los asuntos de la iglesia; pero a pesar de todo, Pedro siguió con lo que se le había encomendado, y nombró a los inquisidores.

El pueblo se amotinó y el zafarrancho duró tres días; después el emperador mandó a emisarios con el perdón para todos; pero menos para los promotores del desorden.

A la muerte de Francisco I a la edad de cincuenta y cinco años, el emperador se dedicó de lleno a pelear en contra del elector de Sajonia. Se unió al duque Fernando y al duque de Alba para atacarlo; pero éste le cortó el puente de Malesen para retrasar el ataque, mas un paisano del duque de Alba que tenía rencillas con el jefe de Sajonia, enseñó a los imperiales un vado por el que podían pasar. El elector en cuanto supo el paso del emperador por el río se dió a la fuga; pero fué alcanzado y herido, y a pesar de ello, no quiso rendirse, pero ya viendo todo perdido no tuvo más remedio que entregarse al emperador.

Dijo que se rendía, pero que se le tratara como príncipe.

La esposa del elector no entregó la ciudad a pesar de las múltiples amenazas que se le hicieron. Entonces el emperador le mandó decir que si no entregaba la población, le mandarian la cabeza de su esposo. Con esta fuerte amenaza y por temor de la muerte de su esposo entregó la ciudad. Preso el elector de Sajonia, sólo faltaba Langrave, que era pariente de Mauricio que intercedió por él, pero Carlos le impuso condiciones para que entregara la ciudad y también para que pagara los gastos funestos de la guerra. Ya confiado fué a ver al emperador y éste lo tomó prisionero.

CARLOS Y MAURICIO DE SAJONIA.—Mauricio de Sajonia era el príncipe de más poder en Alemania. Pensó ayudar a los protestantes; pero para no romper con el Papa, llevó su política con muy buena astucia alabando a Carlos e hizo que se pusieran el INTERIN. (1).

Ayudó a someter a la ciudad de Brandenburg. Durante el cerco de la ciudad celebró pláticas con el gobernador de que no serían perturbadas sus libertades y que se capitulara. Para seguir siendo jefe de las tropas sin que el emperador recelara, pagó sueldos a los mercenarios. Aprovechándose de

(1)—INTERIN es la declaración que hizo su majestad real, imponiendo la religión oficial en el imperio de romanos que se celebrara en Concilio.

la enfermedad del rey conferenció con Federico II, para sacar a Langrave, todo esto manteniéndolo en el más absoluto secreto.

Pero hubo persona que le avisara al emperador de lo que ocurría; pero él nunca creyó que Mauricio lo traicionara. Este le avisó que iba a Lespruc, para cumplir con sus obligaciones. Por el camino se sintió enfermo y mandó un emisario diciendo que llegaría después. Apenas había salido el enviado cuando montó su caballo y se fué a reunir con el ejército que tenía dispuesto, y que se hizo llamar el protector de las libertades de Alemania, y a sus príncipes cautivos.

El emperador estaba muy lejos de sospechar toda esta maniobra, y dejó a su hermano Fernando, para que buscara la mejor manera de solucionar el conflicto. Este pidió dos semanas de tregua, que aprovechó Mauricio para tomar Tirol.

CARLOS Y ENRIQUE II DE FRANCIA.—Enrique II de Francia había tomado Lorena y el emperador se propuso recuperarla. Organizó su ejército y dijo que iba a Francia, pero Enrique astutamente adivinó a dónde dirigía sus pasos. Fortificó Mets, donde poco después llegaron los imperiales y la cercaron. El ejército bombardeó la plaza, pero a pesar de esto, no consiguió que los franceses flaquearan, aunque la artillería hacía grandes estragos en los muros de la fortaleza.

Los soldados de Carlos se empezaron a enfermar debido a lo extremo de la temperatura. El rey también se sentía enfermo y decidió abandonar el sitio. Esta fué una medida desastrosa, porque lo hizo descender de su grandioso poder.

Cuando se efectuó el matrimonio de Felipe II con María Tudor, el rey francés despedido, encabezó un ejército en Flandes y tomó varias ciudades, dejando como señales de su paso incendios y destrucción.

El soberano indignado, ordenó se alistara un ejército dándole el mando a Filiberto de Saboya. Estos tomaron un monte donde tuvieron numerosas luchas, en las que se distinguieron el duque de Guisa y el español Alfonso Navarrete. Cuando el rey se retiró enfermó a Bruselas, Filiberto de Saboya, persiguió a los franceses y recuperó muchas plazas; pero no todo marchaba bien, pues en Toscana se había rebelado Diego de Moncada. Al enterarse de esto el emperador, mandó a un jefe de confianza que fué el duque de Alba que llegó a Italia jactándose que él derrotaría a los franceses, pero no se veía claro porque éstos seguían obteniendo victoria en Piamonte.

Carlos ya bastante enfermo y sobre todo, cansado, decidió abdicar la corona en favor de su hijo Felipe, introduciéndose en la corona de España los Estados de Flandes y Brabante.

PAPEL QUE CARLOS DESEPEÑABA EN LA RELIGION.—La iglesia se encontraba muy relajada en el siglo XVI. Los Papas cometían toda clase de desórdenes y se hacía necesario establecer una reforma. Se habían lle-

vado acabo los Concilios de Constanza y Basilea en 1433 y 1451 respectivamente.

El de Constanza, tuvo por misión reforzar a la iglesia, tanto en su cabeza como en sus miembros. El de Basilea no hizo nada en lo absoluto.

Con el fracaso de los concilios, la Reforma se hizo de un modo violento en el siglo XVI. Se realizó durante la primera mitad de esta centuria, no tratándose de un movimiento unitario; sino de una serie de movimientos que trajeron como consecuencia las diferentes ramas del protestantismo.

El luteranismo apareció en Alemania. Fué llevado por su iniciador en la nueva religión: Martín Lutero. Este nació en Aislein, en 1483. Era hijo de una familia de aldeanos. Sus padres lo colocaron en una escuela donde aprendió el latín, y más tarde se inscribió en la Universidad de Effort, para seguir la carrera de Derecho.

Lutero era un hombre de sociedad y nunca pensó ser fraile; pero hizo una promesa y se ordenó de monje agustino. Pronto fué nombrado profesor de teología.

Durante sus estudios de seminarista, concibió su doctrina llamada de la justificación. Esta teoría niega el libre albedrío y la fe, es como el instrumento de la redención. La acción del hombre está sujeta a las leyes fatales; no hay libertad en la humanidad; y sólo la fe es la que salva.

En el año de 1516 era Papa León X. Los recursos de éste se hallaban agotados por el esplendor de la corte, y por los gastos que se habían hecho en la construcción de la Basílica de San Pedro. El pontífice para obtener dinero, pensó vender indulgencias y que cada creyente que las comprara, debería de pagar lo más que pudiera por ellas, en proporción a sus pecados, y tendría el mismo objetivo de que si hubiera ido a Roma a orar.

Estas indulgencias las vendían los padres Dominicos, y Lutero indignado publicó 95 peticiones, y las fijó en la Abadía de Wittenberg. En ésta atacaba la tesis del perdón de los pecados por medio de la venta de las indulgencias. Más tarde Lutero publicó tres libros redactados en alemán, que fueron: El Llamamiento a la Nobleza Cristiana; La Libertad Cristiana y Cautividad de Babilonia. Los libros fueron colocados en todo el mundo, y esto era muy peligroso para la iglesia por ser obras heréticas.

El Papa le mandó una Bula a Lutero en la que le decía que se retractara de sus ideas; pero Martín hizo quemar la Bula en la Plaza de Wittenberg. Entonces se vió perseguido, pero lo trató de proteger el elector de Sajonia, y mucha gente más lo siguió, y lo que en un principio se tomaba como una herejía, se constituyó en un sisma.

Carlos V, el monarca más poderoso de esa época, fué partidario de una Reforma en la Iglesia, viendo con muy malos ojos los procedimientos de Lutero, y tratando de detener el sisma, convocó a la Dieta de Worms en 1521.

Se llamó a Lutero para que se retractara y éste pidió se le concediera un día para pensarlo. El emperador estaba muy confiado en que se retractaría por haberle sido enseñados en las escrituras, los pasajes que estaban en des-

acuerdo con sus doctrinas. Pero Lutero no se retractó en nada; sino que por el contrario, afirmó tener él la razón, recibiendo la orden de retirarse del lugar.

El monje permaneció bajo la tutela del elector con el nombre del Caballero Jorge. Y cuando Lutero decidió abandonar el palacio de su protector contaba ya con numerosos prosélitos en su crédito.

En 1521 se reunió la Dieta de Spira. Ya para entonces, el sisma había alcanzado proporciones enormes, y los actos litúrgicos se celebraban de acuerdo con las nuevas doctrinas.

En 1550 Carlos convoca a una nueva Dieta, la de Habsburgo, en que los príncipes protestantes, habían de presentar sus puntos de impugnación a la iglesia católica, y de ver si era posible a que se llegara a un acuerdo.

Malectón redactó el documento religioso llamado La Confesión de Absburgo, redactado al estilo humanista y leído ante la asamblea. En esta se reiteraron los tres puntos fundamentales de los protestantes; pero como entre los teólogos españoles se entabló una controversia, entonces Carlos, impaciente se resolvió en favor de los católicos. Los protestantes se retiraron por el temor de ser aprehendidos; según el edicto de Worms se reunieron en una asamblea en el castillo de Samkarta, y se comprometieron a defender el luteranismo, que seguía creciendo grandemente por toda la Alemania y los países escandinavos.

En 1555 Carlos se ve obligado a establecer la libertad cristiana.

CARLOS Y LA REFORMA.—En la época del Papa III, apareció por entonces una secta nueva que había de traer la Reforma de la Iglesia, y esta fué la de San Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesuitas.

Ignacio nació en 1491. Desde muy joven se dedicó a las armas; fué paje del rey Fernando cuando los franceses invadieron el reino de Navarra, él peleaba en Pamplona donde recibió una herida en la pierna izquierda, y más tarde se fracturó la pierna derecha. Aunque se le sometió a una delicada operación no quedó bien de la pierna y tenía una más chica que la otra. Durante su convalecencia, sus amigos le llevaron libros de caballerías y libros religiosos. Después de éstas lecturas, decidió dedicarse a caballero de Jesús y María. Preocupado por esta idea, veló sus armas toda una noche en el altar de nuestra Señora; por la mañana colgó su escudo y su espada en un pilar de la capilla, se quitó el traje de caballero substituyéndolo por un tosco sayal. Se dedicó a hacer ayunos y penitencias. Escribió un libro llamado de "Ejercicios Espirituales", y pensó formar una milicia para gloria de Dios.

Emprendió el camino al Santo Sepulcro y después de llevar a cabo sus proyectos, se dedicó a estudiar gramática latina. Continuó sus estudios en la Universidad de Alcalá; pero como sufrió persecuciones abandonó a su patria y se fué a París, donde continuó sus estudios.

Pronto sus predicaciones dieron fruto. Acercáronsele seis hombres a los que se les llamó los seis soldados de Cristo, que hicieron votos por vivir en la pobreza y visitar al Santo Padre.

Ignacio volvió a España, pero no quiso ir a vivir al lado de sus padres; sino por el contrario, vendió sus bienes y volvió a reunirse a sus compañeros.

Por cuestiones de la guerra no todos pudieron ir a Roma como hubieran querido, sólo fueron Ignacio y Laines. Después de que vieron al Papa, le pidieron permiso para formar una nueva religión; al principio éste se negó pero después pensó que tal vez ellos pudieran vencer la herejía que se propagaba enormemente, expidiendo la bula de los Regímenes Militares.

El 27 de septiembre de 1540 aprobaron la nueva doctrina con el nombre de Compañía de Jesús, nombrándose como general de la orden a Ignacio de Loyola, y por primera vez se observó el rigor de la disciplina militar aplicada a una institución religiosa. La orden era gobernada por un general perpetuo y absoluto. Su residencia habitual era Roma; era el que apoyaba y aprobaba los proyectos escolares; oficios; comisiones; comisionarios y visitadores. El solo tenía poder para quitar dentro de la Compañía a los superiores, en una palabra, era el único que tenía toda la autoridad.

Uno de los fines de esta orden era el de ganar almas, y es por ello que se apoderaron de la educación de la juventud, dirección de la conciencia y enseñanza pública. Enseñaban Lógica, Poesía, Retórica, Física, Matemáticas, Filosofía, Teología, Historia escolástica y sagrada escritura.

Tales fueron las bases de la institución de la Compañía de Jesús.

MUERTE DE LUTERO Y CONCILIO DE TRENTO.—GUERRA DE RELIGION.

La apertura del Concilio de Trento fué el 13 de diciembre de 1545, bajo la presidencia de los delegados que eran tres cardenales; tres obispos, y el emperador. Los obispos querían que se tratara el asunto de la Reforma, de abusos y costumbres; pero se opusieron los tres delegados presidentes, diciendo que primero deberían de tratarse los asuntos de la Fe.

Luego que los protestantes supieron de la apertura del Concilio, publicaron un manifiesto explicando las causas del por qué no lo reconocían. Para conjurar las decisiones de la Asamblea, se reunieron los confederados de Franfort; los de Smalkalde; los jefes de la Liga más poderosos que eran los del Elector de Sajonia; los de Langrave, y los de Hesse, eran éstos últimos los que estaban más en desacuerdo.

Martín Lutero murió el 10 de febrero de 1546. Al saberse la noticia de su muerte alegró a los católicos, pero en cambio, desalentó a los protestantes que eran cerca de sesenta mil infantes con sus dos jefes. Antes de obrar, mandaron un manifiesto a toda Alemania, dirigiendo una carta al emperador protestando de su lealtad y sumisión al señor, que si estaba disgustado con ellos y que si iba a resolver la cuestión religiosa por la fuerza.

El emperador contestó que desterraría a los jefes de Alemania y que les confiscaría sus bienes. Con esto se hizo inevitable la guerra de religión en Alemania. Todas las ventajas fueron para los protestantes, pues Carlos, ayu-

dado por el Papa combatió a las fuerzas que se retiraron después de ver frustradas sus esperanzas. En 1547 Carlos acabó con la soberanía de los protestantes.

ABDICACION DE CARLOS.—Carlos cansado y enfermo por la vida tan agitada que había llevado por tanta guerra, decidió abdicar en favor de su hijo Felipe, que entonces contaba a la sazón con dieciocho años; fué renunciado a sus coronas en aras de otros. Después decidió irse al Yuste, al Monasterio de los Padres Jerónimos.

Se despidió tiernamente de sus hijos, y le dió a Felipe, los mejores consejos para su gobierno y conducta. El emperador se embarcó llevándose a sus dos hermanas viudas, y que también eran reinas.

Entró el ex-emperador al monasterio el cinco de febrero de 1557. En su primera misión dentro del convento, se cantó en su honor una misa solemne en acción de gracias.

La intención que tuvo el emperador, era de refugiarse ahí para estar tranquilo y dedicarse al culto; pero sus buenas intenciones y esperanzas quedaron defraudadas, pues constantemente se veía acosado por individuos que llegaban a pedirle consejo; eran de los que habían quedado en el imperio.

X.—CARLOS EN EL YUSTE.—IDEA QUE TUVO DE SU REINADO.

CARLOS EN EL YUSTE.—Desde que Carlos se retiró al Yuste no quiso que se le hablara más ni del tesoro de las Indias; ni del estrépito de las guerras que se hacían por toda Europa.

Apenas había puesto los pies en el convento, cuando empezó a recibir cartas y las consultas apremiantes de su hijo Felipe. Le preguntaba acerca de la guerra de Italia y de la turca, y la manera de cómo podía obtener dinero para afrontar dicha guerra. El emperador tuvo que contestarle a su hijo para ayudarle en los asuntos del reino, a pesar de que se encontraba en un monasterio donde quería solamente descansar.

El monarca, en sus ratos desocupados se ocupaba de los oficios de piedad y devoción; asistía a los oficios divinos; a las solemnidades religiosas; solía tener prácticas doctrinales con su confesor Fray Juan de la Vega y con el predicador Francisco de Villalba.

Resuelto ya Carlos a desprenderse de las ligaduras que lo ataban al mundo, renunció totalmente al poder y ordenó que se le tratara como a un particular.

Se cuenta que el emperador se hizo celebrar sus propios funerales en el Convento, asistiendo a sus exequias todos sus familiares y amigos. Los funerales fueron hechos con gran pompa. Después de haber oído el Santo Oficio, le entregaron al emperador un hacha encendida, y dijo: "YO OH! ARBITRO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, TE RUEGO Y TE SUPLICO QUE COMO EL SACERDOTE TOMA ESTA CERA QUE TE OFREZCO; ASI TU

RECOJAS BENIGNO EN TU SENO Y BRAZOS ESTA ALMA ENCOMENDADA EN TUS MANOS SIEMPRE QUE QUIERAS".

Este ensayo que hacía Carlos eran los preludios de su cercana muerte pues al siguiente día se vió atacado por una fiebre que le fué consumiendo lentamente.

A las dos de la madrugada del día 28 de febrero de 1558 el monarca expiró confortado de todos los auxilios espirituales. Se colocó el cuerpo del emperador en un ataúd de plomo, encerrado en otro de madera de castaño, forrado de terciopelo negro. Se le hicieron solemnes exequias durante tres días. Se le enterró en el altar mayor del Monasterio, quedando colocado en el lugar que pisa el sacerdote al officiar en la misa. Así terminó la vida del emperador que durante medio siglo gobernó al mundo.

IDEA QUE TUVO DE SU REINADO.—Carlos gobernó de acuerdo con sus consejeros. Su idea de gobernar, se debió en parte a la influencia que éstos ejercieron.

La idea de Carlos V, se manifiesta en cinco momentos, como dice Pidal.

La primera declaración imperial de Carlos V fué en 1520, cuando salió para Alemania a recibir la corona de emperador; él se consideraba el salvador de la fe, encontrando eco en su tutor Adriano de Utrech. Esta primera declaración la hizo el clérigo Pedro Ruíz de la Mota, que había estado al servicio del rey Fernando el católico, durante doce siglos.

Se segunda declaración politico-religiosa, la hizo en Worms, y en ella afirmó categóricamente defender la cristianidad.

La tercera expresión de su idea imperial de Carlos V, la hizo en ocasión del saqueo de Roma, en la que no ordenó la prisión del Papa, pero se hizo solidario de lo que su ejército cometía, en que Alfonso Valdez, con enérgica elocuencia, habló expresando la idea del emperador.

Como cuarta ocasión en que se manifiesta la forma de gobernar su imperio, fué el discurso pronunciado por él en Madrid, cuando anunció su salida a Italia, y en la que iba por dos razones: su coronación, y, la de persuadir al Papa de hacer el Concilio General, para que se examinara la herejía de Lutero.

La última ocasión en que se afirma la idea imperial de Carlos V, fué en América. Es Hernán Cortés el que humaniza toda la conquista.

El imperio de Carlos es la última gran combinación histórica que tiene un sentido de totalidad.

Fué el primero y único emperador europeo y americano.

CAROLINA PRIETO RUBIO.